Instituto de Estudios Tirsianos
GRISO.
Universidad de Navarra

La lealtad contra la envidia

Tirso de Molina

LA LEALTAD CONTRA LA ENVIDIA

ACTO PRIMERO

Hablan en él las personas siguientes.

Obregón.	Don Fernando Pizarro.
Cañizares.	Don Gonzalo Vivero.
Don Alonso de Mercado.	Doña Isabel.
Don Alonso Quintanilla.	Doña Francisca.
Castillo.	Chacón.
Padilla.	

(Tocan dentro chirimías y trompetas como en la plaza cuando hay toros; silbos y grita, y salen Obregón y Cañizares.)

Obregón Acogerse, que el toril
está abierto y las trompetas
hacen señal.

Cañizares A recetas
tan viudas, lo civil
de la fuga es más seguro
que una muerte criminal.

Obregón Otra vez hacen señal.

Cañizares Aquel andamio es mi muro.

Obregón ¿Hay bota?

Cañizares Con munición
de Alaejos.

Obregón Esa afrenta
tome Medina a su cuenta,
pues solos sus vinos son
los monarcas de Castilla.

Cañizares Ya sé que en fe de su vino
dicen que Baco es vecino
desta populosa villa,
mas todo lo forastero
suele ser más estimado.

Obregón ¿Qué hay más?

Cañizares Conejo empanado
y una pierna de carnero
tan tachonada de clavos
(y para que en más se precie,
ojalada con la especie
villana por todos cabos)
que se juntan las Molucas
en ella con Alcalá
de Henares.

Obregón Cógense allá
robustos ajos.

Cañizares Caducas
suspensiones de la taza
que tiemblen de puro anejas,
con un jamón que en guedejas
se deshile, harán la plaza
que se te ande alrededor.

(Grita como que sueltan toro.)

Dentro ¡Bravo toro!

Otros ¡Guárdate, hombre!

Obregón Pedilde a la oreja el nombre
si os preciáis de toreador.
Dos rayos lleva en los huesos
y cuatro alas en los pies.

Cañizares Barrendero valiente es,
por Dios, que los más traviesos
le van despejando el coso.

Obregón A todos tiembla la barba.

Cañizares ¡Fuego de Dios, cómo escarba
y cómo bufa el barroso!

Dentro ¡Jesús, Jesús, que le mata!

Obregón ¿Cogiole?

Dentro ¡Válgate Dios!

Cañizares ¿Otra vez? De dos en dos
cita, ejecuta y remata.
¿A pares las cabezadas?
¡Oh Minotauro español!

Obregón ¿Hiriole?

Cañizares No, pero el sol
le alumbra las dos lunadas.

Obregón Descortésmente se paga
toro que hace tal castigo.

Cañizares Debe de ser enemigo
del arzobispo de Braga.

Obregón No experimento sus tretas.

Cañizares Alto, al tablado, Obregón,
que este sin ser postillón
condena en las agujetas.

Dentro ¡Corre, corre, que te alcanza!

Obregón ¡Qué bien la capa le echó
el que se le atravesó!

Cañizares En ella toma venganza.
¡Oh, cómo ojala y pespunta!
¡Dalle, dalle! ¿Hay tal porfía?

Obregón ¡Fialde una ropería!

Cañizares No tiene de punta a punta
palmo y medio su armazón.

Obregón Más de algún culto dijera
que se pone bigotera.

Cañizares Aguardemos, que hay rejón.

(Dentro suenan pasos de caballo con pretal.)

Obregón ¡Alentado caballero;
qué buen aire, qué bizarro!

Cañizares Este es Fernando Pizarro.
Obregón ¿Quién?
Cañizares El Marte perulero,
el que ha dado a Carlos quinto
un nuevo orbe que dilata
y de mil leguas de plata
le trae al césar su quinto;
el más airoso soldado
que Italia y que Flandes vio.
Obregón ¿Este es a quien hospedó
don Alonso de Mercado?
¿El que en la justa y torneo
hizo tan festivo estrago?
Cañizares El lagarto de Santiago
en fe de tan noble empleo
tiene en su pecho el lugar,
que es su centro y propia esfera.
Obregón Extremadura le espera
en estatuas venerar.
Este dicen que prendió
al monarca Atabaliba
y de una suma excesiva
de indios triunfante salió.
Cañizares Cuatro hermanos son que igualo
a los nueve héroes que dan
renombre a la fama: Juan,
Francisco, Hernando y Gonzalo,
pero el que ves sobre todos.
Obregón Su presencia lo asegura:
¡venturosa Extremadura!

(Suena el pretal como que se pasea.)

Cañizares Es sangre, en fin, de los godos.
Obregón Ya ha dado a la plaza vuelta
y hacia el toro se encamina.
Cañizares ¡Qué bien al bruto examina!
¡Qué airoso que el brazo suelta
caído con el rejón!
Obregón El caballo es extremado.

Cañizares Hermoso rucio rodado.

Obregón Su piel en oposición
mezcla la nieve y la tinta;
bellas manchas le hermosean.

Cañizares Más las colores campean
si la enemistad las pinta;
en este solo se enseña
(si quieres examinallo)
la perfeción de un caballo:
cabeza airosa y pequeña,
viva, alegre y descarnada;
los ojos grandes; abiertas
las narices por ser puertas
del aliento; bien poblada
la clin, que el talle hace bello,
de plata espesa y prolija
que se escarcha y ensortija;
ancho el pecho; corto el cuello;
las dos caderas partidas;
al pisar, firmes y llanos
los pies, echando las manos
afuera, y tan presumidas
que a los estribos se atreven;
tan sujeto al freno y fiel,
que parece que con él
le habla el dueño.

Obregón Lición lleven
los más diestros de lo airoso
con que el gallardo extremeño
quiere salir deste empeño.

Cañizares ¡Qué atento le mira el coso!

Obregón Aguardemos esta acción,
que no es bien mientras subamos
al tablado que perdamos
tan vistosa ostentación.

(Suena el pretal como que se pasea.)

Cañizares Repara con el aseo
que paso a paso se va
al toro.

Obregón ¡Qué atenta está
la plaza!
Cañizares El común deseo
le favorece.
Obregón Ya el bruto
le encara escarbando el suelo,
y hacia atrás tomando el vuelo,
airado, diestro y astuto,
previene la ejecución
del golpe.
Cañizares Y el don Fernando
la nuca le va buscando
con el hierro del rejón.
(Ruido de caballo y pretal, como que acomete.)
Obregón ¡Oh, quiera Dios que le acierte!
Cañizares Ya le embiste.
Obregón Con él cierra.
Dentro ¡Válgate Dios!
Cañizares Cayó en tierra
el toro.
Dentro ¡Extremada suerte! (Chirimías.)
Obregón Tan dichosa como cuerda.
Cañizares Pienso que al caballo hirió.
Obregón No pudo, que le sacó
veloz por la mano izquierda
y la presa hizo en vacío
la bestia.
Cañizares Patas arriba
aplaude a quien le derriba.
Obregón Todos celebran su brío.
Cañizares Dejole dentro una braza
desde la nuca hasta el cuello.
Obregón ¡Lance airoso, golpe bello!
Cañizares Víctores le da la plaza.

Obregón Y con razón, que su gala
mayor aplauso merece.

Cañizares ¿En qué el toro se parece
a la comedia que es mala?

Obregón Buen enigma, alto, al tablado.

Cañizares ¿En qué se parecen, digo,
el toro y comedia?

Obregón Amigo,
parécense en lo silbado. (Vanse.)

(Don Alonso de Quintanilla, don Fernando, como que se apea de dar el rejón, y Castillo, su criado; y sale don Fernando con hábito de Santiago.)

Quintanilla Don Fernando, estos abrazos
os doy por dos parabienes,
y entrambos son tan solenes
que, a transformarse sus lazos
en laureles, consiguieran
la dicha de coronaros.
Dedícooslos por hallaros
en España; no pudieran
darme nuevas de igual gusto.
Los míos también os doy
por la acción con que honráis hoy
estas fiestas,pues fue justo
cuando Medina del Campo,
católica, las ordena
a la Cruz (que fue de Elena
tesoro que halló en el campo,
como el Evangelio dice,
oculto y del orbe luz)
que honrando vos con la cruz
el pecho noble y felice
hallase en vos igual pago,
pues una y otra divina
festeja a la de Medina
hoy en vos la de Santiago.
Bizarra demostración,
tan dichosa como diestra,

acaba de darnos muestra
de que vuestros hechos son
dignos de infinitas famas.
Con razón podrán teneros,
si envidia los caballeros,
en su protección las damas.
¡Sazonada y feliz suerte!

Fernando La de hallaros lo será;
dejad de encarecer ya
el dar a un bruto la muerte,
que las de toros y dados
consisten en la ventura.

Quintanilla Juzgábala yo segura
mientras que fuimos soldados
y camaradas los dos
en Italia.

Fernando ¡Oh capitán,
qué vida aquella!

Quintanilla Ya están,
desde que faltastes vos,
las cosas tan diferentes
que no las conoceréis.

Fernando Múdanse, como sabéis,
los sucesos con las gentes,
pero el césar, Dios le guarde,
en Nápoles y en Milán
reina; huyole Solimán,
solo con Carlos cobarde;
Túnez le paga tributo
a pesar de Barbarroja;
al ciego sajón despoja;
cubrió el landgrave de luto
presunciones que Lutero
llenó de torpe arrogancia;
preso en Madrid, lloró Francia
a su Francisco primero;
Roma le dio la obediencia,
bien que a costa de Borbón;
duques los Médices son
con su favor en Florencia;

capitanes y soldados
tiene de inmensos valores;
¿qué le falta?

Quintanilla El ser mejores
siempre los tiempos pasados.
¿Acordaisos de aquel día
que nos hallamos los dos,
alférez entonces vos,
Fernando, en la de Pavía,
cuando el marqués de Pescara
al rey Francisco prendió,
que porque la honra negó
al marqués de acción tan rara
un capitán italiano,
le desafiastes?

Fernando Fue
en las hazañas y fe
prodigio algo más que humano
el marqués. ¿Qué maravilla,
si se llamó don Fernando
de Ávalos, ilustrando
sangre que le dio Castilla,
que un don Fernando volviese
por otro? Él lo mereció;
mas también me acuerdo yo
(porque el crédito os confiese
en que el césar siempre os tuvo)
que cuando su majestad
después que dio libertad
al dicho rey, y él no estuvo
firme en la correspondencia
a tanta piedad debida,
su ingratitud conocida
y irritada su paciencia,
que de persona a persona
le envió a desafiar,
y a vos os hizo avisar
que partiendo a Barcelona
le hiciésedes compañía
por si fuese dos a dos

el combate, que de vos
valor tanto el césar fía.

Quintanilla Excusose el francés deso
y quedose mi alabanza
no más que en esa esperanza;
pesome, yo os lo confieso.
Dichoso vos, don Fernando,
que no cabiendo en el mundo
buscastes otro segundo,
nuevos polos conquistando
que el non plus ultra dilata
y al césar su globo humilla.

Fernando Don Alonso Quintanilla,
fama pretendo, no plata.

Quintanilla Con una y otra se adquieren
blasones y estados grandes.
Ricos de fama hay en Flandes
que pobres de plata mueren.
Yo vengo ahora de allá
tan cargado de papeles
como el honor de laureles,
pero juzgareme ya
por dichoso y bien premiado
pues veros he merecido.

Fernando Todo lo que he adquirido
es vuestro.

Quintanilla No interesado,
amigo sí, me estimad,
que son más firmes tesoros.
Gocemos ahora los toros
y aquella ventana honrad;
oiréis aplausos desde ella
que la plaza os apercibe.

(Gritos y ruido dentro de fuego.)

Fernando Quien de adulaciones vive
poco le debe a su estrella.
Pero escuchad, ¿qué ruido
es este?

Dentro ¡Agua, que esta casa
se quema!

Otro ¡Agua, que se abrasa
esta acera!

Otro Ya ha cogido
las puertas el fuego.

Otro ¡Ayuda,
que me abraso!

Otro ¡Que me quemo!

Otro ¡Que me ahogan!

Quintanilla ¡Triste extremo!

Fernando ¡Qué brevemente se muda
el regocijo en cuidados!

Quintanilla Confusa con la congoja,
toda la gente se arroja
sin sentido a los tablados
desde los balcones.

Fernando ¡Llamas
terribles, incendio extraño!

Quintanilla El sobresalto hace el daño
mayor. ¡Qué de hermosas damas
sin reparar en recatos
se arrojan y precipitan!

Fernando ¡Y qué poco solicitan
su remedio los ingratos
pretendientes de su amor!

Quintanilla ¿Pues qué ayuda pueden darlas,
si aunque intenten ampararlas
contra el fuego no hay valor?

Fernando No desamparar su lado
en peligro tan urgente.

(Gritos de dentro y ruido como que se ha hundido un tablado.)

Quintanilla La multitud de la gente
con todos hundió el tablado.

Unos ¡Jesús, Jesús!

Otro ¡Que me matan!

Otro ¡Que me ahogan! ¡Confesión!
Fernando ¿Hay más triste confusión?
Otro ¡Agua!
Otro ¡Favor!
Fernando Se retratan
sus congojas en mi pecho.
¡Ah cielos, que no haya traza
de socorrerlos!
Quintanilla La plaza
va toda allá sin provecho,
porque antes la multitud
estorba que favorece.
Fernando Voraz el incendio, crece
el espanto y la inquietud.
Quintanilla En una silla han sacado
del riesgo una dama bella.
Fernando ¡Válgame Dios! ¿No es aquella
doña Isabel de Mercado?
¿Qué espero aquí si la adoro?
Dentro ¡Huir, que el toril se ha abierto!
Unos ¡Agua!
Otros ¡Favor!
Otro ¡Que me han muerto!
Otro ¡Confesión!
Quintanilla ¡Soltose un toro!
Fernando Y hacia el tablado caído
se encara contra la gente.
Quintanilla ¡Extraña ocasión!
Fernando Presente
mi dama, desaire ha sido
cuando tanto la he querido
el no irla yo a segurar.
¿Yo tengo fe? ¿Yo sé amar?
Quintanilla A la silla ha acometido
el bruto fiero y los mozos
huyen dejándola en ella.

(Embraza la capa y saca la espada.)

Fernando ¡Aquí valor, aquí estrella!
No ha de mal lograr mis gozos
la fortuna, no la suerte.
Amor, esta es mi ocasión. (Vase.)

Quintanilla ¡Gallarda resolución!:
téngale envidia la muerte.
Contra el bruto cara a cara
se arroja y puesto delante
de la silla (acción de amante)
airoso a su prenda ampara.
¡Qué valientes cuchilladas!
¡Qué diestro que sale y entra!
¡Qué animoso que le encuentra!
¡Qué atentas y qué aseadas
acciones! Ni descompuesto
ni con el riesgo turbado.

Dentro ¡Bravo golpe!

Quintanilla Cercenado
le ha la cabeza; echó el resto
su valor; aprenda dél
el ánimo y la destreza.
Dejádole ha la cabeza
al cuello como joyel,
y dividido en pedazos
el cuerpo la arena tiñe.
El acero heroico ciñe
y a su dama saca en brazos.

(Saca don Fernando desmayada en brazos a doña Isabel.)

Fernando ¡Tal desgracia y en tal día!
Su mejor flor secó el mayo;
dos almas cortó un desmayo,
la de Isabel y la mía.

(Sale Castillo.)

Esta casa es principal.
Castillo, a esas puertas llama,
prevén en ella una cama.

(Vase Castillo.)

Si fuese, amigo, mortal
este trágico accidente,
las suertes se mal lograron,
que envidiosos aojaron
los aplausos de la gente.

Quintanilla No hay que temer ese extremo,
que un desmayo ocasionado
de riesgo tan apretado
es común.

Fernando Su muerte temo.

Quintanilla Las delicadas bellezas
son flores que se marchitan
pero luego resucitan,
porque sustos y tristezas
desmayan, mas nunca matan.

(Sale Castillo, y Chacón.)

Castillo Sube, señor, que ya abrieron.

Fernando Nueva esperanza me dieron
las perlas que se desatan
bordando cada mejilla.

Quintanilla Pues que llora viva está.

Fernando ¡Oh, amanezca este sol ya!
Don Alonso Quintanilla,
esperadme aquí. Chacón,
a don Alonso Mercado
corre a avisar del estado
en que tanta confusión
nos ha puesto. Di que asisto
a su hermana mientras viene.

(Éntrase don Fernando con la dama y también Chacón.)

Quintanilla ¿Pues de fiesta tan solene
ha faltado?

Castillo No la ha visto.
Poco a estas cosas se inclina
después que alcaide le ha hecho
el césar, dél satisfecho,
de la Mota de Medina.

Quintanilla Es notable fortaleza
y en Castilla de importancia.
Castillo Los hijos del rey de Francia
humillaron su grandeza
teniéndola por prisión.
Quintanilla ¿Y es don Alonso casado?
Castillo Hasta poner en estado
dos hermanas, perfeción
de la hermosura y nobleza,
la desmayada Isabel
y Francisca, pienso dél
que juzga a poca fineza
darlas cuñada, que son
casi suegras.
Quintanilla Vuestro dueño
de la mitad dese empeño
le sacará.
Castillo Inclinación
muestra don Fernando extraña
a doña Isabel.
Quintanilla Merece
todo el amor que la ofrece
su beldad.
Castillo Puede en España
ser espejo de doncellas
en virtud, honestidad,
recato, afabilidad
y discreción.
Quintanilla Partes bellas
para hacer que don Fernando
olvide al Pirú.
Castillo Sería
a lo menos feliz día
para aquel orbe si, entrando
en él con tan bella esposa
don Fernando, mi señor,
diese a las Indias valor
su prosapia generosa.
Huésped suyo agasajado

ocho días ha en la Mota.
Amor que esperanzas brota,
bien puede deste Mercado
feriar dulce compañía.

Quintanilla ¿Correspóndele la dama?

Castillo No sé que pase su llama
extremos de cortesía,
pues para que en más se estime
el valor que en ella adora,
si afable y bella enamora,
grave y honesta reprime.

(Salen don Alonso de Mercado, don Fernando y Chacón.)

Mercado Ya mi Isabel recobrada
volvió en sí, gracias a Dios,
porque os debamos a vos
fineza tan sazonada.
Pagáis, en fin, la posada
que en mi casa honrado habéis
de suerte que igual hacéis
mientras que della os sirváis:
al placer, que la asistáis;
al pesar, que os ausentéis.
Medina os queda deudora
porque sin vos, ¿qué valieran
fiestas que tragedias fueran
si solo el temor las llora?
Con vos en gozos mejora
pesares que amenazaron
desgracias, pero no osaron
competiros cuando os vieron,
pues dado que acometieron
cobardes, no ejecutaron.
El fuego os tuvo temor,
pues vengando nuestra injuria
solo hizo alarde su furia
de vuestro invicto valor.
Para que fuese mayor
creció peligros la llama,
y cuando más se derrama
más la suerte os engrandece,

que al paso que el riesgo crece,
crece en el noble la fama.
Esta en una y otra acción
parece que duplicada
tuvo envidia vuestra espada
a vuestro airoso rejón:
un toro a su ejecución
rindió la rebelde vida,
logrando en otra lucida
vuestra espada su destreza,
que a dejarle la cabeza
pudiera quedar corrida.
Muerto, en fin, a vuestros pies,
confesó añadiéndoos famas
que aun un bruto con las damas
es razón que sea cortés.
Débeos mi hermana después
nueva vida y ser segundo,
y así en vuestro valor fundo
que solo ensalzando a España
pudiera hacer tanta hazaña
un hombre del otro mundo.

Fernando Soy yo, don Alonso amigo,
todo vuestro, y no es razón
que prendas que vuestras son
alabéis, parte y testigo.
Mas si con eso os obligo,
creedme, a fe de soldado,
que del Pirú conquistado
no estimo en tanto el laurel
como ver vuestra Isabel
libre del riesgo pasado.
La desgracia repentina
estas fiestas lastimara
si la beldad mal lograra
que vale más que Medina.
Cesó su fatal ruina,
pasó el rigor como el rayo,
que ocasionando al desmayo
sobresaltos y temores,
si congojó nuestras flores,
volvió a alentarlas el mayo.

Doña Isabel, mi señora,
vuelve a casa, y asegura,
como tras la noche obscura,
con más belleza el aurora.
Venid y démosla agora
parabienes, pues no debe
sufrirse que el premio lleve
de una suerte bien lograda
el brazo solo y la espada,
sino el alma que los mueve.

Mercado Airosa es la bizarría
que sabe para obligar
del modo que en vos, juntar
al valor la cortesía.
Si fuera la hermana mía
alma que el brazo os rigiera,
dichas mi casa tuviera
que en vos estoy envidiando.
Vamos.

(Sale don Gonzalo de Vivero.)

Vivero Señor don Fernando,
aparte hablaros quisiera.

Fernando Don Alonso, al punto os sigo.
Quintanilla valeroso,
vernos después es forzoso.

Quintanilla Adiós, don Fernando amigo. (Vanse los dos.)

Castillo ¿He de quedarme contigo?

Fernando No, Castillo; con Chacón
en casa espera.

Castillo A cuestión
me huele tanto recato.

Chacón Horma topó su zapato
que le apretará el talón. (Vanse los dos.)

Fernando Ved en qué serviros puedo,
pues solos nos han dejado.

Vivero De vuestro cortés agrado
con nuevas envidias quedo,
pero no habéis de enojaros
si apasionado y celoso
me advirtiéredes curioso
en lo que he de preguntaros.

Fernando Excusad esa advertencia,
porque yo ya ha muchos años
que entre peligros y daños
aprendí a tener paciencia;
mas celoso… Sentiría
haberos yo ocasionado
a mal tan desesperado.

Vivero Vos causáis la pena mía.
¿A cuál de las dos hermanas
que os hospedan queréis bien?

Fernando A entrambas, porque no estén
quejosas, que en cortesanas
obligaciones no hay tasa
que reprima al liberal,
ni fuera bien querer mal
a quien me admite en su casa.

Vivero No os deis por desentendido
si sabéis la diferencia
que hace la benevolencia
al amor correspondido.
¿De cuál destas sois amante?
¿Quién vuestro cuidado obliga?

Fernando No sé, por Dios, lo que os diga
a pregunta semejante,
pero podreos afirmar
que cuando hiciera el deseo
en una o en otra empleo,
oso tan poco fiar
a ninguno mis afectos,
que aunque dentro el alma moran
mis pensamientos, ignoran
unos de otros los secretos.
Ved si será desvarío,
no siendo amigos los dos,

que os fíe el secreto a vos
que al pensamiento no fío.

Vivero Comunicando cuidados
amor su alivio procura.

Fernando Sí, mas los de Extremadura
somos en todo extremados,
y en semejantes desvelos
hay quien afirma, y no mal,
que amor nació en Portugal
y en nuestra patria los celos.
Estos, huyendo ocasiones
que con sospechas maltratan,
son tales que se recatan
de sus imaginaciones.

Vivero Los que traigo ejecutivos,
puesto que no tan avaros,
me obligan a provocaros
entre otros por dos motivos:
la envidia de vuestra fama
es el uno, porque temo
que siendo con tanto extremo
me olvide por vos mi dama;
el otro la enemistad
que causa la competencia.
Hablan de vuestra experiencia,
esfuerzo y capacidad
con tanta ponderación,
cuentan de vuestras hazañas
tan inauditas y extrañas
cosas, que fábulas son.
Dicen que en el Occidente
vuestro ánimo varonil
mataba de mil en mil
los indios, y que su gente,
temblando el nombre español,
por deidad os adoraban,
y que en fe desto os llamaban
primogénito del sol.
Que un ejército vencistes
vos solo: sería de estopa;
pero sin armas ni aun ropa

a poco riesgo os pusistes.
Que en la hazañosa prisión
del bastardo Atabaliba,
sobre las andas en que iba,
hallastes de oro un tablón
que pesaba dos quintales;
y que el rey, por redimir
su prisión, hizo venir
cargados de los metales
que han hecho tantos delitos
sumas de indios que llenaron
el salón que señalaron
de tesoros infinitos,
y puesto que sin provecho
obligaros pretendió,
desde el suelo se atrevió
el oro y plata hasta el techo.
Que en el Cuzco despojastes
un templo al sol cuyo muro
de tablones de oro puro
guarnecido aún no apagastes
la sed, que avarienta hechiza;
y que en otro de la luna
os concedió la fortuna
vigas de plata maciza
tan grande que las menores
de cuarenta pies pasaban.
Que unos huertos le adornaban
cuyas plantas, hierbas, flores,
con propiedad prodigiosa,
troncos, ramos, hojas, frutos,
peces, pájaros y brutos,
imitando en cada cosa
la misma naturaleza,
era todo de oro y plata.
Sume el que en números trata,
si puede, tanta riqueza;
o vos, que fuistes testigo
con los demás castellanos,
que hasta las trojes y granos
del maíz, que es vuestro trigo,
de ciento en ciento arrimadas,

oro afirma quien las sueña;
hacinas había de leña
al natural imitadas
que, siendo deste metal,
solo para ostentación
de su vana religión
agotaron el caudal
al sol, que produce el oro;
esmeraldas se quebraron
que doce libras pesaron.
¿Atrévense a tal tesoro
las novelas destos días
con que la verdad se infama?
¿Leyó la crédula dama
libros de caballerías
que osasen contar quimeras
tan indignas de creer?
Pues como cada mujer
juzga estas burlas por veras
y agrada todo lo nuevo,
y a cada dama en Medina
que tiene en vos imagina
un caballero del Febo,
un Artús, un Amadís,
y que si os llega a obligar
en dote le habéis de dar
tres o cuatro Potosís;
aumentáis este deseo
con las suertes que lograstes
en los toros que matastes
y en lo airoso del torneo.
La dama que socorristes
os confiesa obligación,
su hermana os muestra afición,
de toda la plaza oístes
aplausos que hasta los cielos
vuestra alabanza subliman
y solo a mí me lastiman
penas, envidias y celos.
Yo adoro a una de las dos,
que me obligó a preguntaros
cuál dellas bastó a prendaros,

y pues no alcanzo de vos
noticias que me encubrís,
tampoco quiero deciros
su nombre, que intento heriros
por los filos que me herís.
Mas aseguraros puedo
que puesto que no admitido,
no me quejo aborrecido.
Entre Medina y Olmedo,
mi patria, la vecindad
y frecuencia de sus nobles
suele hacer con lazos dobles
parentesco la amistad.
Esta y amor que me abrasa
me ha obligado a que recele
el riesgo que causar suele
un competidor y en casa
a esperanzas, que de fuera
marchitándolas en flor,
como es frecuencia el amor,
distante se desespera.
Solo un reparo procura
mi resolución honrada,
que es por medio de la espada
probar con vos mi ventura,
pues muriendo a vuestras manos
gano, en lugar de perder,
con quien supo merecer
tantos laureles indianos.
Y si os doy por dicha muerte,
que estos lances son acaso,
toda vuestra fama paso
a mi venturosa suerte,
pues dando nuevo valor
al esfuerzo siempre han sido
las hazañas del vencido
despojos del vencedor.

Fernando Desacertados desvelos
mi cólera han provocado,
puesto que quedo vengado
con haberos dado celos;
mas porque advirtáis cuán lejos

me tenéis de castigaros,
quiero en lugar de enojaros
serviros con dos consejos:
el uno es que en ocasiones
semejantes procuréis
ser, antes que os empeñéis,
señor de vuestras acciones,
pues si contra el ofendido
os arrojáis destemplado,
el reñir desbaratado
es lo mismo que vencido;
el segundo, que primero
que toméis resolución
averigüéis la ocasión
con que sacáis el acero,
porque arriesgar vida y fama
sin certeza del agravio
ni es acción de pecho sabio
ni medrará vuestra dama
si no es la publicidad
que con desdoro indiscreto,
en ofensa del secreto,
eclipse su honestidad.
Respetos de la hermosura
piden atento el cuidado,
que honor y vidrio quebrado
nunca admiten soldadura;
y las de quien huésped fui
(que de hoy más no lo seré)
conservan el suyo en pie
de suerte que es frenesí
imaginar que conmigo
den átomos de ocasión
a vuestra imaginación.
Porque es el cielo testigo
que, puesto que he examinado
por lo exterior los afectos,
que dentro el alma secretos
no siempre encierra el cuidado,
jamás en la que es mi dueño
pudo un descuido o mudanza
dar alas a mi esperanza,

porque el agrado risueño
que una mujer principal
muestra al huésped de valor,
si es el regalo mayor,
no por eso da señal
con que pasando de raya
su amor intimarle pueda,
que quien sin agrado hospeda
dice al huésped que se vaya.
Ya os constará, según esto,
cuán poco seguro estoy
de que preferido soy
a vuestro amor; mas supuesto
que con empeños mayores
se agravian vuestros recelos,
que el cuerdo no pide celos
si antes no adquirió favores,
porque yo estos no os impida
os doy mi fe de buscar
color con que despejar
la casa, si agradecida,
no profanada por mí,
o ausentándome mañana
a vuestra sospecha vana
satisfacer. Mas si ansí
aún no basto a aseguraros,
ya veis que el puesto y la hora
de vuestra dama desdora
la opinión que ha de obligaros.
Volved cuando enmudeciendo
la noche lenguas al día,
honeste vuestra porfía
con valor y sin estruendo,
que a las doce, sin dar nota
a la gente que nos ve,
en el terrero estaré
del castillo de la Mota. (Vase.)

Vivero Este hombre juntó al valor
la prudencia y el respeto;
obligando en lo discreto
da en lo valiente temor,
mas yo con celos y amor,

¿cómo podré en su alabanza
desbaratar mi venganza
mientras no supiere dél
que no es mi doña Isabel
el blanco de su esperanza?
Colijo por conjeturas
que quiere bien donde vive,
pero ignoro a quién recibe
por dueño de sus venturas.
Si de las dos hermosuras
me encubre la que me toca,
lo que me niega su boca
mi industria averiguará,
que con celos mal podrá
ser muda la deidad loca.
Esta noche ha de aguardarme
como ofrece en el terrero;
buscar un amigo quiero
que en esto pueda ayudarme.
¿Qué mucho que a atormentarme
llegue el dudar y el temer?
Mi opuesto rico, mujer
la causa de mi cuidado,
él todo oro, ella Mercado,
y amor comprar y vender. (Vase.)

(Doña Isabel y doña Francisca.)

Isabel Aquí, entre la amenidad
destos álamos que son
del castillo guarnición
que vivimos, si es verdad
que amor gobierna tu seso
y yo merezco saber
quién te llega a merecer,
me vuelve a referir eso,
que estuve poco advertida
en casa a tu relación
en fe de la turbación
que puso a riesgo mi vida.
Parece que el huésped nuestro
te ha dado en qué desvelar;

vuélveme, hermana, a contar
estas novedades.

Francisca Muestro
en declararte, Isabel,
mi pecho, el íntimo afecto
que te tengo.

Isabel Amor secreto,
aunque seguro, es cruel.

Francisca Digo, pues, que desde el día
que este hechicero Pizarro
me deleitó en lo bizarro
y obligó en la cortesía,
di lugar a pensamientos
que, hasta entonces sosegados,
ya quieren amotinados
ser causa de mis tormentos.
Consideré su valor
y que, Alejandro segundo,
conquistando un nuevo mundo
se le dio a su emperador.
Bastaba esto para hacerle
señor de mi voluntad,
¿qué hará, pues, mi libertad,
si esta tarde llego a verle
aplaudido de las damas,
envidiado de los nobles,
añadir con suertes dobles
dicha a dichas, fama a famas?
De todo el pueblo querido,
de la fortuna amparado,
de la plaza celebrado,
de los cobardes temido
y, en fin, de tu vida dueño
pues sola amparada dél
nos hizo, doña Isabel,
deudoras de tanto empeño…
¿Qué más quieres que te diga?
Saca tú por consecuencias,
si discurres, evidencias,
que no quiere que prosiga

la lengua, corta en hablar
si larga el alma en querer.

Isabel Mucho te llego a deber
pues quieres por mí pagar
deudas que yo sola debo.
Pues si bien nuestros cuidados
se obligan mancomunados,
yo, que el mayor logro llevo
desta usura, era razón
que este empeño asegurase
y liberal te sacase
de tan nueva obligación.

Francisca ¿Pues amas a don Fernando?

Isabel No, pero si es acreedor
y tú le tienes amor
por eso, ya estoy culpando
mi remiso natural,
y que en deudas semejantes
a la paga te adelantes
siendo yo la principal.

Francisca ¡Ay hermana, esos desvelos
si no envidia, celos son!

Isabel Primero entra la afición
y esta abre puerta a los celos.
Don Fernando ocupa ahora
más que en nuestros galanteos
en la guerra sus deseos,
que Marte no se enamora
mientras que no se desnuda
el arnés todo rigor.
Mándale el emperador
que otra vez al Pirú acuda,
y si se ha de partir luego
y aquí de prestado está,
¿quién duda que apagará
tanto mar tan poco fuego?

Francisca No sé que el mar le consuma,
que si en Chipre se crió
Amor, su madre nació
perla en nácar de su espuma.

¿Pero qué te importa a ti
que yo me exponga a su olvido?

Isabel Ver, Francisca, que has querido
pagar finezas por mí,
y desearte empleada
en seguras posesiones
sin que llores dilaciones
antes viuda que casada,
que gozos que no aseguran
no se deben pretender,
y hay cosas que al parecer
deleitan pero no duran:
luz de relámpago breve,
sol y flores por febrero,
amistad de pasajero,
bebida en julio de nieve
y presunción de belleza
que al espejo se ha mirado.
Son como amor de soldado,
que se acaba cuando empieza.

Francisca Nunca tan moral te vi.
Mas celos, Isabel mía,
son todos filosofía
y leen cátedra por ti.
Pero mi hermano y el dueño
de nuestra conversación
están aquí.

(Salen don Alonso Mercado y don Fernando.)

Fernando La ocasión
insta y el plazo es pequeño.
Mándame el césar que al punto
me parta, amigo, a embarcar.
Mañana pienso marchar.

Mercado Daisnos, don Fernando, junto
el gozo y los sentimientos.
Menos mal hubiera sido
el no haberos merecido
nuestro huésped.

Fernando Son violentos
los preceptos de la corte…
Mercado ¿Pues por qué dan tantas prisas?
Fernando Reinan ahora las brisas
en los piélagos del Norte,
y si esperamos las calmas
de julio es flema penosa.
Mercado Con prisa tan rigurosa
nos lleváis tras vos las almas.
Góceos Medina siquiera
esta semana.
Fernando Han llegado
camaradas que he obligado
a este viaje y quisiera
que con cuatro compañías
que llevo a esta embarcación
no hiciese la dilación,
como suele, demasías.
Ya sabéis cuán fácilmente
la gente se desbarata
y cuán mal los pueblos trata
en que se alojan.
Mercado Urgente
causa dais. ¿Qué hemos de hacer?
Hablad a mis dos hermanas.
Fernando Las perfeciones humanas
que en ellas merecí ver
han de hacerme mal pasaje
con su memoria.
Mercado Ojalá
la prisa que el césar da,
amigo, a vuestro viaje,
fuera menos, que mi intento
imaginaba obligaros
(si alguna pudo inclinaros)
a que fuésedes de asiento
dueño y no huésped de casa.
Fernando ¿Qué más dicha a haber en mí
méritos que no adquirí
y la fortuna me tasa?

Empleos más generosos,
don Alonso, las buscad,
que merece su beldad
dos césares por esposos.

Francisca ¿No nos daréis permisión,
hermano, para llegar
a agradecer y pagar
tan precisa obligación
como al señor don Fernando
Isabel y yo tenemos?

Isabel Avaro de suerte os vemos
en esta parte, ocupando
el tiempo todo con él,
que estoy por pediros celos.

Mercado Pedídselos a los cielos
que, envidiosos, mi Isabel,
nos le ausentan.

Isabel ¿Cómo o cuándo?

Mercado Mañana, si a resistillo
no bastáis.

Isabel Este castillo
si fue, señor don Fernando,
limitada habitación
que os regaló cortamente,
ya desde hoy por delincuente
os servirá de prisión,
porque obligar dando vida
y sin que se satisfaga
rehusar admitir la paga,
si no igual, agradecida,
ni dar término al aprecio
que pide tanta importancia,
o es género de arrogancia
o especie de menosprecio.

Francisca No es posible que queráis
deslucir tan sazonado
favor como ha interesado
mi hermana si os ausentáis.

Fernando Antes, señoras, pretendo
no añadir obligaciones,

que os confieso en ocasiones
que os estoy tantas debiendo,
porque el servicio pequeño
que esta tarde os satisfizo
favor fue que se me hizo,
y yo el deudor de su empeño,
que a no animarme el temeros
en el peligro que os vi,
¿qué dicha o suerte hubo en mí
que no confiese deberos?
Vos guiastes el acierto
de mi espada agradecida,
porque a quedar vos sin vida
el perderla yo era cierto,
y pues con aquel favor
mi dicha aplausos mejora,
y siendo vos mi acreedora
me empeñéis vuestro deudor,
no me culpéis si adelanto
mi ausencia por no aumentar
deudas sin poder pagar.

Isabel Quedándoos vos por el tanto
nos contentará la prenda.

Francisca Preso estáis y ejecutado.

Fernando Soltadme, pues, en fiado,
que donde falta la hacienda
es bien que se le permita
irla a buscar al deudor.

Isabel Conforme fuere el fiador
que nos deis.

Fernando Si se acredita
mi palabra yo os la empeño
de volver de aquí a dos años.

Isabel Largo plazo, pero extraños
los intereses del dueño.

Mercado La paciencia hará por él
lo que en Jacob por su dama.

Isabel Porque no ilustra la fama
lo que padeció Raquel.
¿Por ventura era menor

el tormento que sufría?
Jacob engañó con Lía
dilaciones de su amor;
Raquel sola con más fieles
finezas dilató engaños.

Mercado No son catorce dos años,
puesto que sí dos Raqueles
mis hermanas, que fiadas
en vuestra palabra y fe
os aguardarán.

Fernando Tendré
hasta entonces represadas
esperanzas que después
cumpláis, don Alonso, vos.

Mercado Sí, mas, ¿en cuál de las dos
fundáis las vuestras?

Fernando Cortés
la modestia siempre cuerda,
teme mi feliz fortuna
que por señalar la una
la gracia de la otra pierda;
y así, guardando el decoro
que debo, afectos mitigo,
pues, ¡oh don Alonso amigo!,
que al paso que la una adoro
tengo a la otra respeto.
Mis camaradas están
aguardándome y tendrán
quejas justas (que en efeto
dejan su patria por mí)
si a visitarlos no voy.
Permitidme que por hoy
los acompañe, que así
cumplir finezas podré
con que el noble amigos gana.
Volveré por la mañana
y en prendas os dejaré
de la palabra que he dado
una alma que en compañía
del favor y cortesía
que en vos he experimentado

estará en su natural,
pues dando, señoras, muestra
que empeñada es prenda vuestra,
no sabréis tratarla mal. (Vase.)

Isabel ¡Qué apacible!

Francisca ¡Qué discreto!

Mercado Soledad nos ha de hacer;
pero, en fin, si ha de volver,
dichoso dueño os prometo
a la una de las dos. (Vase Mercado.)

Isabel Tráigale el cielo con bien.

Francisca Si los efetos se ven
del alma y amor, que es dios,
penetra los corazones,
perdido se va por mí.

Isabel Nunca yo crédito di,
Francisca, a equivocaciones,
y si bien no me ha debido
finezas de bien querer,
no por eso he de perder
la parte que me ha cabido
en el amor que confiesa,
que de ingrata me notara
si su amor menospreciara.

Francisca Será por lo que te pesa
de ver que de mí se agrada.

Isabel Antes quedo persuadida
que al paso que presumida
has de correrte burlada. (Vanse.)

(Salen don Gonzalo de Vivero y Padilla.)

Vivero ¿Ya vienes enterado
en lo que has de decirle?

Padilla Ya he estudiado
tu pensamiento todo.
Yo he de llegar a hablarle, mas de modo

que crea que imagino
que te hablo a ti.

Vivero Sacarle determino,
Padilla, desta suerte
si a mi Isabel adora, o con su muerte
asegurar desvelos.

Padilla Valiente es, pero más lo son los celos.
Darele de tu dama
el fingido recado, pues si la ama
fuerza es que sentimientos
manifiesten ocultos pensamientos,
que gatos y celosos desatinos
despiertan con sus quejas los vecinos.

(Sale don Fernando.)

Vivero Este es sin duda.

Padilla Sea.

Vivero Aquí me aparto porque no me vea.
Padilla, sé discreto
y averigua ingenioso este secreto,
que si sirve a la dama de mi prenda
señor puedes llamarte de mi hacienda. (Retírase.)

Fernando Las once el reloj ha dado.
Ya vendrá mi opositor,
que poco duerme el amor
con sospechas desvelado.

(Llégase Padilla rebozado y habla a don Fernando.)

Padilla ¿Don Gonzalo de Vivero?
Doña Isabel, mi señora,
como los celos no ignora
que os ha dado el forastero,
me previno a que saliese
a este sitio a aseguraros.
Harto se holgara de hablaros,
mas si su huésped viniese

que aguardan para cenar
ocasionará malicias.
Mándame que os pida albricias
y bien me las podéis dar,
porque se parte mañana
el estorbo que teméis.
Si de su boca queréis
informaros, la ventana
frecuentada os dará audiencia
volviendo antes que se ría
la aurora, madre del día.
Añadid a la paciencia
que hasta ahora habéis tenido
la que os pide hasta este plazo,
que harto siente el embarazo
que estas noches ha impedido
el hablaros, pues sin vos
no hay cosa que la consuele.
Ya sabéis por dónde suele
hablaros, volved y adiós. (Vase.)

Fernando De inadvertido tercero
se fió esta vez amor.
Basta, que mi opositor
es don Gonzalo Vivero.
¡Ah cielos!, no tan severo
quisiera yo el desengaño,
pues aunque cure este engaño
mi perdida libertad,
tal vez en la enfermedad
hace el remedio más daño.
¿Amor, celos al partirme?
¿Desengaños por la posta?
¡Qué mala ayuda de costa
para poder divertirme!
¡Qué bien hice en resistirme!
¡Qué mejor en recelarme!
¡Qué cuerdo en no declararme!
¡Qué sin prudencia en perderme!
¡Qué ignorante en detenerme!
¡Qué infeliz en ausentarme!
Privilegiada crecía
de amor la honesta beldad

que amé, pero en esta edad
con ellas nace y se cría.
Creer que hay plaza vacía
en bellezas con sazón
es ignorante opinión.
Pretendan amantes tiernos,
en damas como en gobiernos,
la futura sucesión.
Yo dejaré mal lograda
mi memoria inadvertida
como prenda que se olvida
al salir de la posada.
Doña Isabel, obligada
a don Gonzalo, ha deshecho
máquinas que sin provecho
mi locura edificó,
que amándola antes que yo
no he de usurparle el derecho.

Vivero (Aparte.) Con mis intentos salí,

(Sale de donde se había escondido.)

mis dudas certifiqué,
sus querellas escuché,
su discreción advertí,
sentenciado ha contra sí.
La razón me favorezca
sola esta vez.

(Llégase a él.)

No os parezca
que descuidado o cobarde
os vengo a buscar tan tarde.

Fernando No lo es mientras no amanezca,
si bien primero que vos
cierto desengaño vino,
que siendo nuestro padrino,
en paz nos puso a los dos.
Don Gonzalo de Vivero,
de cierto aviso he sabido
que queréis y sois querido,
y en esta parte prefiero
la justa acción que tenéis,

porque yo, puesto que amante
de vuestra dama, ignorante
del favor que poseéis,
aunque os fui competidor,
hasta este punto no he dado
indicios de mi cuidado
ni he merecido favor
de que poderme alabar
que me haya a vos antepuesto.
Pero tengo, fuera desto,
algunas quejas que os dar,
que el noble favorecido
de su prenda tan sin tasa
que a las rejas de su casa
cada noche es admitido,
con damas de jerarquía
como la que vos servís,
mientras que ni veis ni oís
desdoros, no es cortesía
ni fineza de discreto
arrojaros a creer
della lo que pudo ser
ni aun lo que es, si está secreto;
pues mientras tuvistes della
imaginación tan vana,
la sospechastes liviana
que sobró para ofendella,
y la mujer principal
que recatada y honesta
su voluntad manifiesta
a quien se la muestra igual,
es la vez que se declara
tan a fuerza de rigores
como afirman los colores
que amanecen en su cara.
Esta ofensa es suya y mía,
porque contra la elección
que hizo en ella mi afición
sospechastes que podía
inconsiderado amar
llevado de su hermosura
dama tan poco segura

que se pudiese mudar.
Ofenderla y ofenderme
son dos delitos en uno,
pero no es tiempo oportuno
este de satisfacerme,
que quiere ya amanecer
y os espera vuestra dama
donde otras veces; mi llama,
que no llegó a merecer
lo mucho que envidio en vos,
quiere servirla hasta en esto.
Hablalda, que en este puesto
en vez de reñir los dos
he de alcanzar con su hermano,
puesto que hoy he de partirme,
que vuestras dichas confirme
y os dé de esposa la mano.

Vivero Puesto que en todo bizarro,
don Fernando generoso,
intentéis salir airoso
celos del valor Pizarro,
más que de doña Isabel
mudaron los de mi amor.
Ya yo os soy competidor
no en la dama sino en él.
Ni doña Isabel me espera
ni el recado que en mi nombre
os dieron suyo os asombre,
que todo esto fue quimera
de mi sospecha, inventada
para averiguar la prenda
que adoráis; ni esto os ofenda
ni la vitoriosa espada
enmiende temeridades
ya reformadas en mí.
Los hidalgos brazos sí,
que eternicen amistades.
Restauraos a la esperanza
que mi envidia os mal logró,
que no he de competir yo
con quien en todo me alcanza.
Vos supistes merecerla,

en las fiestas obligarla,
en los peligros librarla,
en la opinión defenderla,
vos reprimir mis pasiones.
Yo me doy por convencido,
que más fama han adquirido
que las armas las razones.
Al Pirú he de acompañaros,
esto habéis de concederme.

Fernando Si cortés pensáis vencerme,
amigo intento imitaros.
Hoy habéis de ser esposo
de doña Isabel, por Dios.

Vivero ¡Vive el cielo!, que si en vos,
con los demás generoso,
falta esta virtud conmigo,
que aquí me habéis de quitar
la vida. Ya no sé amar,
ya en vuestra milicia sigo
las armas, que el ocio infama.
O darme muerte o seguiros.

Fernando Con la vida he de serviros
y…

Vivero No digáis con la dama,
que esa os toca de derecho.

Fernando Ya mi camarada os nombro.

Vivero Con tal blasón seré asombro
del nuevo mundo. Esto es hecho,
amaneció con el día
la dicha que apetecí.

(Tocan a marchar.)

¿Qué es esto?

Fernando Vendrá por mí
marchando la compañía
que, con otras, por mandado
del césar, mandé alistar.

Vivero ¿Luego hoy habéis de marchar?

Fernando Tengo el tiempo tan tasado
que es fuerza que desta villa
salga al punto. Preveniros
podréis despacio y partiros
a la posta, que en Sevilla
os aguardaré si acaso
no mudáis de parecer.

Vivero Ni a Olmedo tengo de ver
ni apartarme un solo paso
de vos. Joyas y dineros
traigo, que es la prevención
de más provecho y sazón.

Fernando Siendo los dos compañeros,
todo cuanto yo poseo
por dueño propio os tendrá.

(Tocan y sale Castillo.)

Castillo Deseosa la gente está
de marchar.

Fernando Pues su deseo
cumplamos, mas despedirme
de don Alonso es precisa
obligación.

(Sale don Alonso de Mercado.)

Mercado ¿Tan deprisa,
don Fernando, sin decirme
el cuándo? Este disfavor
las leyes de agravio excede.

Fernando Deudor que pagar no puede
la cara huye al acreedor.
Ansí excuso sentimientos
de partirme y de dejaros.

(Salen a una ventana doña Isabel y doña Francisca.)

Mercado Mis hermanas han de daros
quejas justas y escarmientos
al amor que os han tenido.
A la ventana os están
culpando.

(Hácelas cortesía.)

Fernando Disminuirán
querellas si han advertido
que en volviéndolas a ver
la jornada han de estorbarme;
porque hablarlas y ausentarme,
¿cómo, amigo, podrá ser?

Mercado Para todo halláis salida.
No sé qué regalo os hacen
(si los cortos satisfacen)
de ropa blanca. En partida
tan breve nunca se labra
lo que la obligación pide,
pero como no se olvide
su amor y vuestra palabra,
desvelaranse las dos
por gozar vuestra venida.

Fernando Quien bien quiere tarde olvida.
Adiós, caro amigo.

Mercado Adiós.

ACTO SEGUNDO

Hablan en él las personas siguientes.

Don Fernando. El inga rey.
Don Gonzalo Pizarro. Dos indios.
Don Gonzalo Vivero. Guaica, india.
Don Juan Pizarro. Castillo.
Peñafiel, soldado. Chacón.
Piurisa, india. Granero.
Don Alonso de Alvarado. Juan Rada.

(Tocan a guerra cajas y clarines; batalla dentro y fuera entre indios y españoles. Sale don Fernando con rodela y espada desnuda.)

Fernando ¡Ea, valor de España,
asombro de la envidia!
Esta es, sin ejemplar, única hazaña.
¡Más gloria ha de ganar quien con más lidia!
Trecientos mil y más son los contrarios,
menos somos nosotros de trecientos;
ya están, en ordinarios
asaltos semejantes, los alientos
de vuestro esfuerzo heroico acostumbrados
a ejércitos vencer desbaratados.

(Sale Gonzalo Pizarro del mismo modo.)

Gonzalo Aunque la tierra brote más que hierbas
bárbaros atrevidos,
aunque las nubes lluevan multitudes,
sus cervices protervas,
sus arcos presumidos,
trofeo han de ilustrar nuestras virtudes.

Pizarro soy, ¿qué importa
que infinidades vengan,
que en el Cuzco imperial sitiados tengan
trecientos mil a menos de trecientos?
Mil nos caben por uno:
¡ojalá que añadiera
la fama, por crecernos nuevas famas,
más bárbaros que arenas a Neptuno
en su cerúlea esfera
su piélago, que espumas y que escamas!
Faltara desta suerte
papel a las historias,
plumas a las vitorias
y vidas que quitar después la muerte.

(Sale don Juan del mismo modo, herido en la cabeza.)

Juan La sangre desta herida
de modo me acrecienta
el valor, el esfuerzo, los deseos,
que a gota cada vida
de idólatras vencer mi fama intenta,
caudaloso interés de mis empleos.
¡Oh invicto don Fernando!,
¡oh Gonzalo, blasón de Extremadura!,
mi espada vuestros hechos envidiando
os intenta imitar. ¡Mas qué locura
pretenderme igualar a los bizarros
alientos que hoy he visto en vuestro acero,
si de cuatro Pizarros
soy el menor hermano!

Fernando Y el primero
en el valor de todos,
laurel de España, triunfo de los godos.

Gonzalo Don Juan, ¿estáis herido?

Juan Un dardo arrojadizo en la cabeza
probar ha pretendido
si soy mortal. No es nada.

Fernando Fortaleza,
don Juan, que no acompaña a la cordura,
no es fortaleza, llámese locura.
Retiraos porque os cure el cirujano.

Juan ¿Qué es retirar ahora?

Gonzalo Mirad que os desangráis.

Juan Soy vuestro hermano,
sangre en mis venas suficiente mora.
Apretadme ese lienzo (Apriétansele.)
que harta me sobra si con ella venzo.

Fernando Haced, Juan, lo que os digo.

Juan ¿Qué cura pueden darme
cuando con tanta suma el enemigo
nos intenta oprimir? ¿Qué han de aplicarme
si aquí la plaza de armas es botica,
la cama el arrimarse al muro o pica,
y ungüentos contra flechas y lanzadas
enjundias de los muertos que quemadas
y en hilas embebidas,
antes crecen que curan las heridas?

Fernando Don Juan, vuestra persona
importa al césar más que mil soldados;
añadid este imperio a su corona.
Los ímpetus con tiento sazonados
juntan a las hazañas la obediencia,
que no hay vitorias donde no hay prudencia.
Retiraos a curar.

(Sale don Gonzalo Vivero del mismo modo.)

Vivero Pizarros fuertes,
guardad para ocasión más acertada
las vidas, que amenazan vuestras muertes
si hoy no hacéis una bella retirada.
El Inga rebelado de la sierra
que en los Andes el paso al viento cierra,
marcha con tres ejércitos, y en ellos
cuando contar su multitud intenta
se pierde la arismética en la cuenta.
La fortaleza que, del Cuzco asilo,
de todo el orbe asombro,
avergonzó pirámides al Nilo
y como Atlante al cielo arrima el hombro,
ganó el bárbaro fiero.
Docientos mil la guardan y presidian;
trecientos sois, no más, y aunque os envidian
los nueve de la fama, vuestro acero
intentará imposibles contra tantos,
ocasionando la piedad a llantos.

Fernando Vivero valeroso,
¿ese es consejo digno de la fama
que vuestro pecho alienta generoso?
¿Que huyamos nos decís cuando nos llama
sangre española, varonil denuedo?
¿Vos de Castilla sois? ¿Vos sois de Olmedo?
¿Qué recelo el valor os descamina?
Acordaos que en Medina
tuvistes las vitorias que ganaron
los que este imperio al césar conquistaron
por deslucida hazaña,
y el blasonar España
vencer gentes desnudas y sin ropa,

cuando los sospechábades de estopa.
¿Cómo, pues, en tal lance, ¡oh gran Vivero!,
si son de estopa los teméis de acero?

Vivero Yo, don Fernando ilustre,
no temo, no recelo, no rehuso
dar a mi patria lustre
desde que el cielo y la amistad me puso
a vuestro invicto lado
y en la milicia soy vuestro soldado.
Un año ha que el gobierno
del Cuzco moderáis. ¡Ojalá eterno
en vos se perpetuara!
Un año también ha que el indio ciego
ni en pérdidas repara
ni sabe descansar, pues Troya al fuego
de sus flechas de noche arrojadizas,
ya la que fue ciudad yace cenizas.
Cuantas veces la luna
recién nacida en plateada cuna
nos la muestra el mes nueva,
rebelde el Inga su fortuna prueba,
y granizando de esas formidables
sierras que el cielo intiman obeliscos,
llueven diluvios (bárbaros sus riscos)
de gentes, si en la suma innumerables,
en su tesón constantes de tal suerte
que lo menos que temen es la muerte.
Diga la fama, la atención, la envidia,
si mientras vuestro brazo vence y lidia,
yo inseparable a vuestro airoso lado
me podré blasonar vuestro soldado.
Luego no es temor este, es experiencia

que me supo enseñar vuestra prudencia.

Fernando Valeroso Vivero,
sabio argüís y peleáis guerrero,
mas cuando se aventura
la fama el retirarse no es cordura.
El marqués don Francisco que está en Lima
me fió esta ciudad y está a mi cargo.
Si después del peligro y sitio largo
que un año hemos sufrido
el Inga ve que de temor infame
a Lima hemos huido,
¿qué maravilla que después derrame
arrogancias y haciéndose insolentes
los indios se prevengan,
y el ánimo español en poco tengan,
con que añadiendo al daño inconvenientes
y haciéndose la empresa más terrible
restaurarla después nos sea imposible?
¡No hermanos, no Vivero!
¡Morir por la honra y por la fe primero!

Juan Eso es lo que yo digo.
¡Al asalto, famoso don Fernando!
Crezca en la multitud nuestro enemigo,
no en la fortuna que te está adulando.
¡Volvamos a ganar la fortaleza!

Todos ¡Al asalto, al asalto!

Fernando Esa es fineza
de Extremadura sola.
¡Al asalto, señores,
que si hasta aquí triunfastes vencedores,
la fortuna esta vez es española!

Don Juan, en la cabeza una celada
ampare vuestra vida.

Juan Dolerá con su estorbo más la herida.
¡Al arma, al arma, amigos!
Hazañas de unos y otros sean testigos
del esfuerzo invencible castellano.

Fernando Hállenos el marqués, aunque es mi hermano,
de suerte vitoriosos
que tenga envidia.

Gonzalo Amigos valerosos,
inmortalíceos hoy tan justa guerra.

Unos ¡Santiago!

Otros ¡Al asalto!

Todos ¡España, cierra!

(Peléese otra vez y luego sale el Inga y algunos indios con arcos y flechas.)

Inga Si mi inmenso padre el Sol,
si la soberana Luna
mi madre, si la fortuna,
parcial al nombre español,
dejasen hoy de ayudarme,
hoy que tal ocasión tengo,
hoy que en el Cuzco prevengo
vitorioso coronarme,
dudaré de su deidad,
creeré que estos españoles
son contra el Sol muchos soles
que eclipsan su claridad.
La fortaleza, prodigio
del mundo en cuyos cuidados
todos mis antepasados
desde el primero vestigio
levantaron hasta el cielo,
pues su cabeza imperial,
de la Luna pedestal,
osa a su globo su vuelo,

es ya mía. Conquistola
mi fogosa juventud,
la lealtad, la multitud
contra la fama española.
Acabe yo de arrancar
estas reliquias pequeñas,
estas pizarras o peñas,
hijos abortos del mar.
Ponga yo por timbre y orla
las armas que en ellos busco.
Vuelva a coronarme el Cuzco,
ciña mis sienes su borla.
Tres ejércitos, por partes
tres, combaten la pequeña
cuantidad de hombres que enseña
en cada cual muchos Martes.
Ciento dellos en cada una
contra cien mil, mis vasallos
a soplos pueden matallos.
¡Ínclito Sol, madre Luna,
no les deis vigor, no aliento!
¿Trecientos mil? Aunque fueran
hormigas los consumieran.
Más aristas lleva el viento,
más flores a la guadaña
rinden de un golpe los cuellos.
¡Mis indios, al arma, a ellos!

Dentro ¡Santiago, cierra, España!

Inga ¡Emprended fuego en las casas
con armas arrojadizas!
En el Cuzco son pajizas;
resuélvanse, pues, en brasas.
No haga el incendio distinto
el sexo que el rigor priva.

Uno (Dentro.) ¡Viva el Inga!

Muchos ¡Venza y viva!

Otros ¡Viva el césar Carlos quinto!

Inga Al cielo las llamas llegan,
diluvios de fuego son.
Los gritos, la confusión

y el humo turban y ciegan.
Hasta las esferas sumas
lamen llamas las estrellas.
¡Oh si muriesen entre ellas
los hijos de las espumas,
los viracochas expulsos
por no sufrirlos el mar!;
¿hasta cuándo han de triunfar
formidables sus impulsos?
¡Ea, mis indios leales,
aquí el valor, aquí el celo!
Un viracocha del cielo
con milagrosas señales
llega atropellando nubes
sobre un bruto, que de nieve
es rayo en lo airoso y leve.

(Baja de una nube sobre un caballo blanco Santiago, armado como le pintan, y húyenle los indios.)

¡Oh tú!, que bajas y subes
y vestido del metal
que cual plata resplandece
y España en minas ofrece
para nuestro fin fatal,
¿quién eres que todo luz
tan pasmoso estrago has hecho?
¿Quién eres tú cuyo pecho
rubí y grana honra la cruz?
¿Quién eres tú, que estoy ciego
y absorto de ver tu estrago?

(Desaparécese el Apóstol.)

Todos (Dentro.) El Apóstol Santiago
nos da favor.

Inga Todo el fuego
que el Cuzco empezó a encender,
ya ineficaces sus brasas,
volando sobre las casas
va apagando una mujer.

(Nuestra Señora, con una limeta de agua, se aparece rociando las llamas y volando por encima de los muros.)

Su resplandor, su belleza,
deidad soberana arguye.
A su hermosa presencia huye
el fuego, a su fortaleza,
reconocido el sol mismo,
tiembla de ver su arrebol.
No es sol ya con ella el sol,
que esta es de luces abismo.
Esta que Aurora se ensalza,
que en las armas es Belona,
que de estrellas se corona,
que sol viste y luna calza,
enfrena los elementos,
postra ejércitos armados,
afemina mis soldados,
llamas hiela y pisa vientos.
Huir, mis indios, huir,
que no hay multitud que asombre
a un hombre solo, si es hombre
quien aires sabe medir,
a una mujer que sin alas
paloma cándida vuela,
águila imperial asuela,
sacre pone al cielo escalas.
¡Ah, Sol cruel! ¿Este pago
es bien que tu hijo reciba? (Vase.)

Unos (Dentro.) ¡La Virgen Aurora viva!

Otros ¡Viva el Apóstol Santiago!

(Desaparécese Nuestra Señora. Sale don Fernando.)

Fernando Con socorro tan feliz,
¿qué teme España leal
si al Cuzco, corte imperial,
socorre una Emperatriz?
Rinda la torpe cerviz
el idólatra, pues tantas
maravillas vemos santas,

Virgen, en tu protección;
mas no es nuevo que el dragón
sirva escabel a tus plantas.
Huya el voraz elemento
tu presencia consagrada
como el bárbaro la espada
que Marte vibra en el viento.
Salió el rayo y fue instrumento
del triunfo que Dios predijo,
pues Diego del trueno es hijo
que el celo de España aprueba
y hoy con milagros renueva
las vitorias de Clavijo.

Gonzalo Dedíquese a tu alabanza
este orbe, ¡oh gran protector!,
pues capitán pescador
truecas la caña en la lanza.
Anime nuestra esperanza
la Aurora del sol suprema,
que a pesar de la blasfema
canalla, Diego y María,
esta nieve el fuego enfría,
rayo aquel bárbaros quema.
¡Gran milagro!

Fernando No habrá duda
desde hoy, contra envidia tanta,
de que esta conquista es santa
pues Dios nuestra empresa ayuda;
que para que quede muda
la lengua del que se atreve
a decir, torpe y aleve,
que injustamente poseemos
este imperio, ya tenemos
fe que lo contrario pruebe.
No ayuda a la tiranía
Dios, que la inocencia ampara,
luego nuestra acción es clara,
pues su Madre nos la envía.
Si arguyere la herejía
del holandés rebelado
contra esto, del cielo armado

Diego, asombrando sus ejes,
con llamas castiga herejes,
que es inquisidor soldado.

(Sale don Gonzalo de Vivero.)

Vivero
No sabe venir el gozo
sin pensiones de pesares.
Templó el cielo con azares
el nuestro, ¡triste destrozo!
Murió el más gallardo mozo
de la primavera humana.
Murió Juan Pizarro. ¡Oh vana
esperanza de los hombres!

Fernando
Ni te entristezcas ni asombres
de quien lo que pierde gana.
Juan, todo valor y celo,
en el mundo no cabía.
Esta vitoria le envía
por su embajador al cielo.
Guíe el católico vuelo
sin que envidie a Elías el carro,
y en sus esferas bizarro
muestre con lauros segundos
que como acá nuevos mundos
conquista cielos Pizarro.

Vivero
Asaltó la fortaleza
sin admitir la celada,
y partiole desarmada
medio risco la cabeza.

Gonzalo
Si quien a la fe endereza
sus acciones y dedica
la sangre que califica
a la ley que le ennoblece
nombre de mártir merece,
Juan sus triunfos sacrifica.
No con tristezas estorbes,
Vivero amigo, sus medras.
Esteban fue entre las piedras,
protomártir destos orbes.
Muerte, aunque las vidas sorbes,
no la fama, no el valor.

Juan en conquista mayor
y en fe de lograr su suerte,
piedras en rubíes convierte,
coronado vencedor.

Fernando Vamos y al cadáver demos
festivas aclamaciones,
no arrastrándole pendones,
no las cajas destemplemos.
Con aplauso le enterremos,
que es el más debido pago
con que su fe satisfago,
pues con más noble trofeo
para su milicia creo
que le escogió Santiago. (Vanse.)

(Salen Guaica, india, y Castillo.)

Guaica Pídeme lo que quisieres
y déjale con la vida.

Castillo No te canses.

Guaica Si ofendida
me dejas, si con mujeres
no eres cortés, ¿qué blasona
tu generosa nación?

Castillo Juzgarasme requesón
por lo blando de carona.
No, hermana; de las almenas
echó un risco no sé quién
sobre Juan Pizarro. (Llora ella.)
¿Es bien
que me enternezcan tus penas?
Muerto el joven más valiente
que de España vio el Pirú,
llorona de Bercebú,
¿cómo podré ser clemente?
En la cabeza le hirieron,
murió en él la gentileza.
No ha de quedarme cabeza
de cuantas se le atrevieron
que esta tarde no herodice.
Fuera toda petición,
toda gesticulación,

todo llanto Doralice,
pues no me cupo del saco
sino las vidas que quito.
Este es general delito;
hermosa fondo en tabaco,
no me arrumaques, que el perro
de tu cacique galán
ha de morir.

Guaica ¿No podrán,
alma de bronce, de hierro,
de diamante, alma de risco,
contigo llantos? ¿No ruegos? (Llo-
ra.)

Castillo ¡Oh, tengas los ojos ciegos,
pedigüeño basilisco!
Pon a tus congojas calma.
Cese limitando enojos
el agua va de tus ojos
que me salpican el alma.
Ya soy piadoso, ya humano.
No llores más, ¡pesia a tal!,
que en cada ojete o ojal
pasa mi amor un pantano.
No lloviznes, no des gritos,
que a ver Madrid tus enojos
celebrara en tus dos ojos
dos fuentes de Leganitos.
¿El indio que patrocinas
es tu marido?

Guaica Seralo.

Castillo ¿Bodas de futuro? ¡Malo!
Con celos me desatinas.
¿Estás intacta?

Guaica No entiendo.

Castillo Si estás ilesa, incorrupta,
o el consonante de fruta
te meretriza.

Guaica Pudiendo
hablarme claro, ¿por qué
vocablos obscuros usas?

Castillo Han dado en esto las musas
castellanas.

Guaica Ya yo sé
tu lengua porque serví
a un español más de un año.

Castillo ¿Uno y doncella? Es engaño.

Guaica Mi honestidad defendí,
bien que mi dueño intentó
con regalos y ternezas
obligarme a sus finezas.

Castillo Si un año te finezó
serás racimo en la parra,
que aunque a la aparencia sano,
llega el tordo y pica un grano,
llega el paje y otro agarra,
y el matrimonio espantajo
por más que en su guarda vele,
de puro picado suele
hallar solo el escobajo,
que entre melindres ariscos
dicen que dispensan miedos
mordiscones de los dedos
que llama el vulgo pellizcos.
Consiénteme, si a tu amante
redimes la vejación,
que siendo yo el postillón
corra la posta delante,
que en negando a pies juntillas
degollación ha de haber.

Guaica No querrás de una mujer,
¡oh español!, que de rodillas
su honestidad te encomienda,
ser lascivo violador.
¿Rescatarle no es mejor?
Cien barras vale mi hacienda;
tu incendio ilícito aplaca,
que yo te haré dueño della.

Castillo ¿Cien barras? ¡Oh la más bella
inga, cacica, curaca,
mametoya, palca, chicha!

¡Oh serafín noguerado
que, parienta del Tostado,
al sol te tostó mi dicha!
¿Son las barras de oro?

Guaica Y puro.
Mil pesos vale cada una.

Castillo Tú eres el sol, tú la luna.
¿Cien mil pesos? Compro un juro,
un mayorazgo opulento
que me ensanche el coram vobis,
o para el bóbilis vobis,
vita bona, un regimiento.
A cargas el chocolate,
y dos coches echaré
que es el venite post me
de toda dama tomate.
¿Dónde está lo barretudo?

Guaica Guardado está en ese pozo,
que viendo nuestro destrozo
la prisa y miedo no pudo
en otra parte esconderlo.

Castillo ¿Y está el pozo en seco?

Guaica Sí.

Castillo ¿Podré atisbarlo de aquí?

Guaica Si te asomas podrás verlo.

Castillo Pues si te amaba primero,
haz cuenta, ya a lo seguro,
que mi amor fue vino puro
y dio con el tabernero:
aguó mi incendio ese pozo.
Tu amante te doy por él;
eres honesta, eres fiel,
¡no me cabe dentro el gozo!
Deja que a verle me asome,
que luego tu indio vendrá
y a sacarlo bajará.
El barreamiento me come
más que usagre y se me agarra
del alma. ¿Cien barras? ¿Ciento?
Entraré en mi ayuntamiento

hinchado de barra a barra.
Mientras no soy su mirón…

(Asómase y cógele por los pies y échale dentro.)

¡Me muero! ¡No puedo más!
¡Ay, que me ahogo!

Guaica Allá irás
con toda la maldición.
Busque el oro tu codicia,
que no has de hallar, pues te infa-
ma.
Apague el agua la llama
de tu insaciable avaricia,
y libre al amante mío
la industria de mi poder,
que el ingenio en la mujer
suple las armas y el brío. (Vase.)

(Salen Chacón, Peñafiel y Granero, soldados; y saca Chacón una soga.)

Peñafiel Ahora, Chacón, que están
capitanes y soldados
en el entierro ocupados
del mal logrado don Juan
y que los indios huyeron
(nunca acá vuelvan, amén),
que partamos será bien
las barras que nos cupieron
y las piezas de oro y plata
en el saco desta fuerza.

Chacón Como la codicia esfuerza
y en las Indias nadie trata
de pelear y vencer
sino por volver a España
a costa de tanta hazaña
rico y vivir a placer,
porque lo que hemos pillado
se escapase del montón
(que en común repartición
al cobarde y esforzado
no hace el premio distintos)

ni don Fernando ordenase,
cual suele, que se sacase
lo que al rey le toca en quintos,
mientras todos peleaban
de ese pozo lo fié.

Granero ¿Qué decís?

Chacón Industria fue
que mis arbitrios alaban.
Una petaca está llena
de piezas que dos arrobas
pesarán. ¿Dos dije? ¡Y bobas!
Depositelo en su arena,
que es poca el agua que tiene.
Fácil será de sacar.

Granero ¿Quién por ello habrá de entrar?

Chacón Yo que lo escondí. Aquí viene
soga que entrambos me atéis.

(Ponen la soga en el carrillo del pozo.)

Peñafiel Aplicalda a la garrucha.

Chacón No es menester fuerza mucha
para que de mí tiréis
y de la petaca luego,
que también tiene un cordel.

Peñafiel Bien dicho; ataos.

(Átanle la soga a la cinta.)

Chacón Peñafiel,
tirar con tiento y sosiego,
que es hondo y en peña viva,
no peligre la cabeza.

Peñafiel Yo os aseguro esa pieza.
Entrad, que en volviendo arriba
se hará la partija igual.

Chacón Santíguome lo primero.

Granero Buen ánimo.

Chacón Andrés Granero,
vuélvame Dios al brocal.

(Vanle metiendo.)

Granero ¿Pues tembláis?

Chacón Miedos me ofenden
de morir en años mozos,
porque hay diablos mondapozos
que no sueltan aunque prenden.

Peñafiel Hacerles la cruz.

Chacón (De dentro.) Quedito.

Peñafiel Asíos a los agujeros
de alrededor.

Chacón Compañeros,
en oyendo el primer grito
tirar aprisa, que puede
darme un pasmo la humedad.

Granero Perded cuidado y bajad.

Chacón ¡Fuego de Dios, cómo hiede! (Da un gran grito.)
¡Ay!

Peñafiel ¿Qué es eso?

Chacón ¡Ay!

Granero ¿Qué sentís?

Chacón Tres diablos que de los pies
me tiran.

Granero ¿Burlaisos?

Chacón ¿Tres?
Trecientos. ¡Ay! ¿Hola, oís?
¡Aprisa, tirar, tirar!

Peñafiel ¿Y la petaca?

Chacón Conmigo
va también. Tirar os digo,
si no me queréis dejar
desde la cintura abajo
conventual deste pozo. (Van tirando.)

Granero Mucho pesa.

Peñafiel Será el gozo
mayor si es oro.
Chacón De cuajo
me arrancan las pantorrillas.
Treinta diablos de los pies
me cuelgan; acabad pues,
que o son lagartos o anguillas
o duendes destas cavernas.
(Llega arriba el medio cuerpo.)
Peñafiel Libre estás, deja fatigas.
Chacón Tirad más, veréis las ligas
que me autorizan las piernas.
Granero ¡Jesús!
Peñafiel ¡El diablo es!
Granero ¡Qué feo!
Fuego arroja.
Peñafiel Huye Chacón.
(Tiran hasta sacarle todo el cuerpo hasta la garrucha, y sale asido de sus pies Castillo y huyen los tres, y sale todo embarrado cara y manos, y atada una petaca a la cintura.)
Chacón ¿Y el oro?
Peñafiel Será carbón
y duende suyo el que veo.
Castillo Todo mal viene por bien.
La codicia me empozó
y ella misma me sacó
por siempre jamás amén.
¡Oh mamacoya bellaca!
¿Ansí rescatas maridos?
¡Creed en llantos fingidos…!
El cordel de la petaca
que el que huyó quiso sacar
y yo desde abajo así,
al cuerpo me revolví.
Su peso les dio pesar;
que estaba llena de plata

y de oro los escuché;
no en balde al pozo bajé
ni mintió la coya ingrata
puesto que pensó burlarme.
Guardémoslo, que es mi vida.
¡Oh venturosa caída
que así supo levantarme!
¡Oh mondapozos, buscón,
que aunque no eres santo sacas
del purgatorio petacas
como cuenta de perdón!
Pues ya tus sufragios gozo,
el pozo a escribir me obliga
una comedia que diga
diga «Mi gozo en el pozo».

(Don Fernando y Gonzalo Pizarro.)

Fernando Ya en Indias más seguras
don Juan, si mal logrado
al mundo al cielo flor que se tras-
pone,
conquista luces puras
que no altere el cuidado,
la envidia eclipse, ni el pesar bal-
done.
Ya goza en quieta paz feliz tesoro,
ni plata en minas ni en arenas oro.
Cenizas su sepulcro,
reliquias de las llamas
de su valor, no olvidos deposita.
Al elemento pulcro
cuantas cenizas deja, tantas famas
vuelan donde el temor no las limita,
que el polvo humano a las regiones
sumas
(si es generoso) llega, aunque sin
plumas.
Allí privilegiado
de envidias y parciales,
ni competencias ni mentiras teme;
no idolatra al privado,
no adula tribunales

donde la ingrata dilación blasfeme,
que porque el gozo sin pensión le asista,
lo mismo le corona que conquista.
¡Qué triunfos inmortales
no le ofrecen diademas
que adquirió por sus hechos, por su fama,
cívicas y murales!
Las sienes le guarnecen ya supremas
de encina y oro, de laurel y grama.
¡Mil veces venturosa valentía
que a Dios el premio, no a los hombres, fía!

Gonzalo Mi hermano, aunque difunto,
vivirá eternamente
en el buril, pincel y en la memoria.
Heroico siempre asumpto
de historiador valiente,
nos deja en testamento esta vitoria
que supo, en fin, su no imitado acierto,
dar vivo imperios y vitorias muerto.
Pero ya que él descansa
y nosotros al daño,
al peligro, Fernando, siempre expuestos
sin que la quietud mansa
permita en todo un año
dar en paz al arnés ocios honestos,
¿qué es lo que aquí esperamos? ¿Qué adquirimos
si poco a poco, en fin, nos consumimos?
A la corte española
navegando dos mares
te llevó la lealtad, no la codicia.
Allí la augusta bola
doraste con millares
de barras que logró nuestra milicia.
¿Qué premios adquiriste?
¿Qué medras o qué cargos nos trujis-

te?
Un pedazo de grana
te satisfizo el pecho
cuando la sangre es tanta que has vertido,
ya herética, ya indiana,
que pudiera teñir a su despecho
cuantas Grecia a monarcas ha teñido.
Por cierto, ¡ilustre pago
la cruz, sin encomienda, de Santiago!
¿Necesitaba della
quien de la estirpe goda
puede al sol dar limpieza en la que crías?
Tu antigüedad sin ella
es tan inmemorial a España toda
que en ti son siglos lo que en otros días.
¿Qué calidad el césar te acrecienta
si el hábito te ha dado y tú a él la renta?
Trujístele a tu hermano
un ditado: ¡gran cosa
darle, por ser marqués, este hemisferio!
¿Mide el globo romano
tierra tan espaciosa
como el Pirú o iguálala su imperio?
¡Marqués sin renta, bien podré decillo,
es fantástico honor, marqués de anillo!
Almagro sí que medra,
su agente tú en España,
dichas que compres caras algún día.
Ese hijo de la piedra
que más que ayuda engaña,
de Chile adelantado y señoría,
¿él qué arriesgó?, seguro despensero,
si las vidas nosotros, su dinero.

Su interés premie Carlos,
por ti solicitadas
ejecutorias, honras y favores,
que tú sin negociarlos
cuando nos persuadas
a empresas de más riesgos y sudores
podrás decirnos, para engrandecer-
las,
que el más honroso premio es mere-
cerlas.

Fernando Gonzalo, ¿cómo es posible
que el ánimo os satisfaga
si por el premio o la paga
hacéis el valor vendible?
Hasta este punto invencible,
ya os habéis afeminado,
que quien hace interesado
cuando de su esfuerzo fía
las hazañas, granjería,
mercader es, no soldado.
Hágase al plebeyo igual,
pierda de noble la ley
quien a su patria o su rey
le sirve por el jornal;
que el generoso, el leal,
el premio que ha de adquirir
es la fama hasta morir,
y esta estriba en pretender
merecer por merecer,
servir solo por servir.
Fui a España y a Carlos quinto
le presenté este occidente,
y ya veis si del presente
lo que se vende es distinto.
Cuanto esta zona, este cinto
ciñe y abraza este mar
le di; no había de tomar
corta paga a no ser necio,
que lo que no tiene precio
mejor se está sin premiar.
En Almagro el césar doble
gobiernos, que ha menester;

cobre él como mercader,
sírvale yo como noble.
De estéril laurel y roble
coronó la antigüedad
al valor y a la lealtad,
y de infrutífera grama,
en prueba de que la fama
solo busca eternidad.

(Sale don Gonzalo Vivero.)

Vivero Porfía hasta que nos venza
la fortuna siempre brava;
apenas un riesgo acaba
cuando otro mayor comienza.
Almagro y quinientos hombres,
porque tu fama aniquile,
deja el gobierno de Chile
y añadiendo aleves nombres
a su bajo nacimiento
(porque nos cree destrozados
en los peligros pasados)
toma con el Inga asiento
y se conciertan los dos
de echarnos desta ciudad.

Fernando No creas de su lealtad
que contra su rey y Dios
ejecute acción tan loca.

Vivero Porque en la fe no consista
certifíquete la vista.
Dice que el Cuzco le toca
porque en la demarcación
de su gobierno se encierra.
Apercíbete a la guerra
o teme tu perdición,
porque con las cajas mudas
nos asalta descuidados.

Fernando Ánimo, pues, mis soldados,
satisfagamos sus dudas
primero con las razones,
y si estas no le vencieren,
las armas son las que adquieren

vitorias contra traiciones.
Yo sé que si llego ha hablarle
le tengo de convencer.

Gonzalo ¿Para qué? Dete poder
y vuelve a España a premiarle,
que todo esto merecemos
pues dimos honra a un ingrato.

Fernando Gonzalo, no es ese trato
de vuestro valor. Marchemos. (Vanse.)

(Salen indios y el Inga, y Juan de Rada, soldado español.)

Inga Vuelve a leerme, español,
eso que escribe tu Almagro,
que no es el menor milagro
que debo a mi padre el Sol,
pues si él y los que le siguen
al Cuzco me restituyen
y eternas paces concluyen
que mis desgracias mitiguen,
mi esperanza conseguí.

Rada Por tu ocasión ha dejado
a Chile el adelantado.

Inga Débole infinito. Di:

Carta
Don Diego de Almagro, mariscal adelantado del Pirú, a Mango Inga, príncipe del Cuzco: salud, etc.

La amistad antigua que los dos hemos profesado, los desafueros que con vuestra alteza los Pizarros han hecho, el gobierno que me pertenece desta provincia y el deseo de que vuestros indios os vean coronado, me saca de Chile, me guía al Cuzco y me asegura la vitoria contra nuestros enemigos. Aperciba vuestra alteza sus ejércitos que yo avisaré a su tiempo para que los dos en recíproca

amistad poseamos este imperio, muertos los que nos le estorban. El mensajero merece entero crédito y él informará por extenso lo que no fío de la pluma. Guarde Dios a vuestra alteza, etc.

De mi campo, a 10 de mayo, año 1534.

El Adelantado

Inga Si cumple esas promesas
el español Almagro, sus empresas
serán restauración de mi corona
y él el señor de nuestra indiana zona.
Descansa en nuestro tambo
mientras los indios junto de la sierra;
y tú, primo Yucambo,
entre tanto que alisto a nueva guerra
ejércitos sin suma
(tan numerosa que al salir armado,
flor a flor, hierba a hierba cuente al prado,
arena a arena al mar y espuma a espuma),
asiste a su regalo.

Rada El cielo te restaure al nuevo imperio.

Inga Hágalo Almagro.

Rada Haralo
librándote del casi cautiverio
en que desposeído
entre ásperas montañas te ha escondido. (Vase.)

Inga ¡Oh amigos, oh parientes!
¡Qué feliz ocasión, qué coyuntura
nos ofrecen los hados ya clementes!
A los Pizarros desterrar procura
Almagro y sus soldados.
Ya veis si los Pizarros son osados;

saldrán en su defensa,
pelearán unos y otros,
y mientras cada cual vitorias piensa,
con engañosa prevención nosotros,
después que se hayan entre sí asolado,
las reliquias que el miedo haya dejado,
por nosotros deshechas, fácilmente
podrá la borla autorizar mi frente.
No del marqués que en Lima
ha un año que no sabe de su hermano,
el asombro os oprima;
socorrerale, si lo intenta, en vano,
pues tomados los pasos y los puertos
imitarán sus compañeros muertos.
Seiscientos españoles perecieron
que en diferentes tropas enviaba
porque el riesgo del Cuzco adivinaba.
A vuestras manos bélicas murieron,
que aunque valientes, locos.
¿Qué han de poder contra infinitos pocos?
El marqués, en efeto, desarmado,
pues los soldados suyos ha perdido,
y uno y otro español desbaratado,
Almagros y Pizarros, redimido
juzgo mi imperio ya, que entre estos cerros
hasta ahora lloró nuestros destierros.

(Sale Piurisa, india bizarra, con una lanza que, calada, los detiene.)

Piurisa ¿A dónde volvéis, cobardes,
que de la humana nación
sois oprobio, sois injuria,
sois afrenta, infamia sois?
¿A dónde volvéis vencidos
no del riesgo, del temor,

que os pinta moscas gigantes,
que el ciervo os vende león?
Cuatrocientos mil salistes,
trecientos no más os dio
la fortuna por contrarios,
por vencidos la ocasión.
¿Uno para mil y os vencen?
¿Y os preciáis hijos del Sol?
¿Y os atrevéis llamar hombres?
¿Y os blasonáis al valor?
Mentís mil veces, infames,
ni aun átomos os dignó
el viento que, a merecerlo,
superfluos átomos son
trecientos mil, si se juntan,
para un pequeño escuadrón
de humanos cuerpos que mueren,
que la tierra alimentó.
Fingid rayos que del aire
bajaron poniendo horror
a los ojos con su vista,
con su efeto al corazón.
Decid que un hombre de acero
sobre un bruto más veloz
que del arco la saeta,
que de la cuerda el arpón,
nieve el uno, fuego el otro,
desde la esfera bajó
desos páramos de luces,
dese lucido artesón.
Atribuilde prodigios
a la espada que segó
cervices de ciento en ciento,
ellas espigas, ella hoz,
que mientras el miedo os miente
fábulas de torpe error
y despiertos las soñastes,
diré con más verdad yo
que una frágil mujer pudo
para eterna confusión
de vuestra naturaleza
causaros tanto temblor

que os asombró desarmada,
que su presencia bastó
a que huyéndola cobardes
os infame este baldón.
Pues afeminados viles,
si una mujer os causó
tanto asombro, miedo tanto,
tanto pasmo, mujer soy
que estas montañas defiendo.
Las que las viven y yo
bastamos en vuestra afrenta
a todo un mundo español.
Volveos, cobardes, servildos
como esclavos pues no sois
como hombres para vencerlos.
Llevad a cuestas desde hoy,
yanaconas de sus damas,
las andas en que su amor
os trasforme en simples brutos
incapaces de razón.
Cultivaldes vuestros campos,
coman de vuestro sudor
regalos que a vuestros padres
en herencia el cielo dio.
Registrad en los abismos
metales que con temor
de la española avaricia
huyeron de su ambición.
Daldos a cerros la plata
y de montón en montón
el oro midan a hanegas
pues le idolatran por dios.
Conceded a su apetito
vuestras hijas que algodón
para sus ropas les tejan
y infamias para su honor.
¿Vosotros sois decendientes
de aquel celestial varón
que a los planetas monarcas
por padres reconoció?
¿Vosotros al Sol eterno
llamaréis progenitor

y a la Luna vuestra madre,
del cielo antorchas los dos?
No es posible, no sois ingas,
no sus hijos, hombres no;
estatuas sí en forma humana,
aparente imitación
de lo que representáis,
cuerpos sin alma y con voz.
Cobardes, aun no mujeres,
que estas estiman su honor.
No imaginéis que estas sierras
admitan la contagión
de vuestra vil compañía,
que aquí el ánimo, el valor,
la venganza, la fiereza,
generosa patria halló.
Aquí frecuentan sus riscos
la real águila, el león,
el tigre, el áspid, la sierpe,
y cada cual vencedor;
si os comunican, recelo
que degenere el blasón
que los dio naturaleza
y en vosotros se infamó.
No atreváis los pies un paso,
retiraos o, ¡vive el Sol!,
que os ensarte como a peces
en la lanza mi rigor.

Inga ¡Oh belicoso prodigio
deste imperio, emulación
del esfuerzo y la belleza,
miedo en uno, en otra amor!
Despertonos asombrados
el acento de tu voz,
canoro bronce del cielo,
de los mortales terror.
Tanto la vergüenza puede,
tanto espíritu infundió
en nosotros la elocuencia
de tu justa reprehensión,
que a no templar esperanzas
de coyuntura mejor

hoy nos previnieras triunfos
o fúnebres llantos hoy.
Almagro es de nuestra parte
y ofreciéndonos favor
marcha contra los Pizarros,
destos orbes confusión.
Déjale que asalte al Cuzco;
salga su competidor
vengativo en su defensa;
desbarátense los dos,
destrúyase el uno al otro,
pues quedará el vencedor
tan flaco que sin peligro
nos aplauda la ocasión.
Y dame agora esos brazos.

Piurisa No los espere tu amor
mientras no me los bañares
en sangre del español.

(Sale un indio.)

Indio Albricias pido a estos pies,
generoso emperador
destos orbes que oprimidos
los cielos restauran hoy,
por las más felices nuevas
que en la desesperación
de un príncipe despojado
jamás la piedad ferió.
Almagro, que a la ciudad
de tus padres fundación
marchó en fe que a su gobierno
blasona tener acción,
fue recibido de paz
de aquel Pizarro que atroz
Parca ha sido de tus indios,
de la envidia admiración.
Tocaban a acometerse,
pero un fraile que al candor
de la nieve hurtó ropajes
y al cielo veneración,
su apellido Bobadilla,
su ejercicio redentor,

la Madre mejor su madre,
la Merced su religión,
entrándose de por medio
treguas puso entre los dos
de tres días que juraron
para que en su disensión
fiasen el compromiso
al Padre, porque ganó
nombre de docto en la esfera
y astrólogo superior.
Aposentado en el Cuzco
el Almagro y sin temor
el Pizarro de que hubiese
en lo propuesto traición,
a su confianza y sueño
los ojos encomendó,
esta vez solo desnudo,
que en todo un año otra no.
La seguridad dormía,
mas velaba la ambición
del Almagro, a su palabra
y juramento agresor.
Acometiole de noche,
pero intrépido salió
con un estoque y rodela
el extremeño león,
y aunque desnudo, de suerte
a sus contrarios pasmó
que se valieron del fuego:
siempre es cobarde el traidor.
Viéndose abrasar Pizarro,
cuerdo las armas rindió
con su hermano y sus amigos,
de dos daños el menor.
Huyó Gonzalo y Fernando
dicen que de la prisión
saldrá a un teatro funesto
sentenciado, ¡vil rigor!
Almagro, pues, determina,
siendo del Cuzco señor,
trazar que muera el marqués
y, tenga justicia o no,

partir los reinos contigo
dándote jurisdición
en los indios que heredaste,
y él contra su emperador
gobernar sus españoles,
porque tiene presunción
de hacerse rey destas Indias
sin admitir superior.
Para esto intenta casarse
con tu hermana y que, los dos
una sangre, se eternice
la paz en su sucesión,
sobrinos tuyos sus hijos.
Según esto, ya cesó
el peligro de tus gentes,
porque enlazándoos amor
con tálamos apacibles,
el indio será español
y el español indio nuestro.
Si las nuevas que te doy
merecen premios y gracias,
feliz muchas veces yo.

Inga ¡Toca al arma, vuelta al Cuzco!,
que si Fernando murió
no temo a Almagro y su gente;
mi vitoria es su traición,
ya le juzgo destrozado.

Piurisa Bien puedes, el corazón
alienta, que contra España
yo sola bastante soy. (Vanse.)

(Salen Castillo y Chacón.)

Castillo ¿Cómo quieres que se llame
esta acción con que ha manchado
su fama el adelantado?
¿Es mucho decir que infame?
¿Es de nobles este trato?

Chacón Ya sabes que por reinar
cualquier ley se ha de quebrar.

Castillo Ese es blasón del ingrato.

Chacón Si a esta ciudad tiene acción,
¿por qué su culpa encareces?
Castillo Por remitirla a los jueces
y usar después tal traición.
Chacón La guerra es de más acierto
si el derecho se la da.
Castillo ¿Qué derecho alegará
quien, menos un ojo, es tuerto?
Chacón Sacósele esta conquista.
Castillo Mal adquirirá valor
quien por no mirar su honor
tiene sola media vista.
Chacón En efeto, ¿hoy determina
darle garrote?
Castillo El marqués
su hermano sabrá después
vengarle, que ya camina
en su socorro.
Chacón ¿Y qué hace
don Fernando en tanto aprieto?
Castillo No desbarata al discreto
(que como el ilustre, nace)
el peligro. Tan en sí
está el valiente extremeño
como si esto fuera sueño.
Chacón ¡Notable valor!
Castillo No vi
tan generosa templanza.
Chacón Blasfemará del rigor
de Almagro.
Castillo Nunca el valor
dio a los labios la venganza.
¿Quieres ver adónde llega
su prudencia sosegada?
Pues oye: con Juan de Rada
agora a los dados juega.
Chacón ¿Qué dices?

Castillo Esto es verdad,
puesto que este la sentencia
le intimó.

Chacón ¿Y eso es prudencia
o loca temeridad?

Castillo Prudencia, que quien seguro
da la vida por su rey,
por su crédito, su ley,
contra un bárbaro perjuro
no es justo que se alborote.

Chacón ¿Jugar un hombre prudente
sabiendo cuán brevemente
tienen de darle garrote?
No, Castillo, no imagines
de su cordura tal flema.
Ese será estratagema
de más misteriosos fines.
Hombre tan atento y sabio,
de tan grande cristiandad,
con esa seguridad
sin dar muestras de su agravio,
¿jugando?

Castillo Y no como quiera;
cien mil pesos ha perdido.

Chacón ¿Con Juan de Rada?

Castillo Ofendido
está dél, mas quien espera
morir injurias perdona
y no se acuerda de excesos.

Chacón ¿A la muerte y cien mil pesos
al juego y con tal persona?
No, Castillo, algo ha trazado
que te asombre.

Castillo Ello dirá,
mas los dos salen acá
con Alonso de Alvarado.

(Salen don Fernando, Juan de Rada y don Alonso de Alvarado.)

Fernando Cincuenta mil pesos de oro
me habéis ganado. Ya veis
que si hoy muero no podréis
cobrarlos, aunque no ignoro
dónde están, que nunca juego
sin tener con qué pagar.
Deme la vida lugar
que os satisfaga.

Rada (Aparte.) Si llego
a Almagro, que hace más caso
de mí que de otros amigos,
y templando estos castigos
estorbo a la muerte el paso
que a don Fernando amenaza,
le obligo a eterna amistad
y cobro la cuantidad
que pierdo sin esta traza.
¿Cincuenta mil pesos de oro?
¡Cuerpo de Dios! ¿Es partida
para no darle la vida?
Si me perdiese el decoro
el adelantado en esto,
me obligará a algún desgarro,
porque en muriendo Pizarro
muere mi hacienda. Eche el resto
mi favor; alto, cuidados,
mejoremos de opinión,
que más quiero un patacón
que a dos mil adelantados. (Vase.)

Alvarado No sé yo, Fernando amigo,
que sea el juego diligencia
buena para la conciencia
(perdonadme si esto os digo)
de quien siendo tan cristiano
está al umbral de la muerte.
No la teme el varón fuerte,
pero el cuerdo da de mano
a todo lo que se opone
al alma y su salvación.

Fernando Dadme esta vez permisión,
puesto que amigo os perdone,

para quejarme de vos,
pues sin duda habéis juzgado
o que estoy desesperado
o que me olvido de Dios.
¿Vistes en mí acción alguna
que me pueda desdorar?

Alvarado Nunca hallé en vos que culpar,
fuera desta, si no es una.

Fernando ¿Y esa cuál fue?

Alvarado El confiaros
de Almagro, enemigo vuestro,
siendo vos tan sabio y diestro,
de suerte que pudo hallaros
sin prevención y desnudo
durmiendo con el sosiego
que en Trujillo.

Fernando No os lo niego;
ni conociéndole dudo
de que en eso anduve mal,
pero si los juramentos
y treguas son escarmientos
y no ley tan natural
que los bárbaros la guardan,
¿cómo se ha de conseguir
la paz?

Alvarado Suélenla admitir
respetos que no acobardan
cuando el noble los celebra;
mas quien padres no conoce,
como coyunturas goce,
palabras y leyes quiebra.
¿Pero qué disculpa dais
a ese juego que os desdora? (Ríese
don Fernando.)
¿Os reís?

Fernando Sabreislo agora
si un poco cuerdo esperáis.

(Sale Juan de Rada.)

Rada Del juego habemos salido
vos y yo tan gananciosos
que vos ganáis vuestra vida
y yo, Fernando, vuestro oro.
Por mí Almagro os la concede,
pero esto ha de ser de modo
que, amigos como primero,
la hermandad olvide enojos.
Él mismo viene a ceñiros
los brazos que, en vuestros hombros,
nobles y alegres pretenden
reciprocarse con otros.
Salid festivo al encuentro.

Fernando Esto, amigo don Alonso,
satisfaga vuestras dudas,
mientras que en suma os respondo
que a no jugar no viviera.
Juan de Rada, reconozco
empeños y beneficios;
pagarelos juntos todos.

(Cajas dentro y sale don Gonzalo Vivero.)

Vivero Amigo, a vista del Cuzco
asoma en vuestro socorro
el marqués hermano vuestro,
escuchad los parches roncos.
Vecinos y ciudadanos,
como diversos en votos
diferentes en afectos,
mezclan pesares y gozos.
Pacífico le apercibe
Almagro hospicio amoroso,
ya temor, ya amistad sea,
que fe puede darse a todo.
Sus diferencias remite
al maestro religioso
fray Francisco Bobadilla,
árbitro juez de unos y otros.
Todo esto concede Almagro
si bien algunos curiosos
dicen que engañaros quiere

y que en cesando el estorbo
del marqués, cuando se vuelva,
resucitará alborotos
que, ya por bien ya por mal,
le den el gobierno a él solo.

Alvarado Salid, pues, a recibirlos
y escarmentad en vos propio
para los lances futuros.

Fernando Ya su condición conozco.
Vamos, que cuando intentare
nuevos engaños, si enojos
templo y admito amistades,
tarde olvido aunque perdono.
Guárdese Almagro, no quiebre
las paces que nunca rompo,
porque en cayendo en mis manos
ha de pagarme uno y otro.

ACTO TERCERO

Hablan en él las personas siguientes.

Doña Isabel. Don Pedro.
Don Gonzalo de Vivero. Don Rodrigo.
Doña Francisca. Don Alonso de Mercado.
Don Fernando. Castillo.

(Sale don Gonzalo de Vivero, y doña Isabel.)

Isabel ¡Que pueda tanto el exceso
de la envidia y sus engaños!
¡A cabo de tantos años
en este castillo preso
quien dio a España, al rey, a Dios
un mundo!

Vivero Isabel hermosa,
fuera su prisión penosa
a no ser su alcaide vos.
Don Fernando volvió a España
a desmentir enemigos,
que huyendo de sus castigos
en vano, de tanta hazaña
eclipsan el resplandor.
Hanle puesto muchos cargos
(que siempre en servicios largos
se alarga ingrato el rigor)
los que en el Pirú siguieron
a Almagro, a aquel desleal
contra la corona real,
y los que le ennoblecieron.
Ayudó Dios la justicia,
prevaleció la prudencia,
conoció la inobediencia
de quien con ciega codicia
al Cuzco tiranizaba,

y viéndole estos perdido,
preso, confuso y vencido,
cuando esperanzas les daba
de poner infame yugo
a aquel orbe conquistado,
y que murió sentenciado
a manos de un vil verdugo,
persiguen a don Fernando,
que como gobernador
del Cuzco fue ejecutor
de su muerte; y adulando
al césar, ¡ciegos engaños!,
le puso en la Mota preso,
y formándole proceso
crece el rigor con los años.
Renunció Carlos invicto
a España en su sucesor,
que a estar el emperador
vivo, de tanto delicto
como a Fernando levantan,
averiguara verdades
castigando falsedades
que lisonjeras encantan.

Isabel Quísole el césar muy bien.

Vivero Debióselo a sus servicios
como pueden dar indicios
los que sin pasión lo ven,
y saben cuántas riquezas
en el Pirú recogió
con que al césar acudió
sufriendo las asperezas
de los que le murmuraban
cuando para él les pedía
y a su augusta monarquía
tantas guerras apretaban.
Reina en su lugar agora
el gran Filipo segundo,
que del uno y otro mundo
es monarca, y como ignora
quién es don Fernando y quién
el que enemigo le acusa,

rigores severos usa
hasta que se informe bien.
Yo espero en Dios que, postrados
sus émulos, saldrá el sol
de tan leal español
libre a pesar de nublados,
y que vos, señora mía,
alegréis siendo su esposa
esta noche tenebrosa
como el alba alegra al día.

Isabel Cuando yo no la esperara
más de para que os pudiese
pagar lo que es bien confiese
a amistad tan firme y rara,
sumamente lo deseo,
pues podéis atribuiros
los Orestes, los Zopiros,
que con más lucido empleo
en vos honran nuestra edad,
cuando todos le han dejado,
inseparable a su lado
y asombro de la amistad.

Vivero No tengo yo otro blasón
que se iguale al que consigo
de merecer tal amigo.
Pero decidme, ¿quién son
estos que bajan agora
de visitar nuestro preso?

Isabel Dos cortesanos (que en eso
la mentira aduladora
satisface obligaciones,
y afectando sentimientos
disfraza con cumplimientos,
estoy por decir traiciones)
pasaron por aquí acaso
y entráronle a visitar.
Creeréis que esto es maliciar,
mas yo que al discurso paso
tal vez los ojos y oídos,
no sé qué los escuché
a solas que causa fue

de que imaginé fingidos
sus ponderados extremos;
y porque advirtáis cuán vana
es la amistad cortesana,
desde aquí los escuchemos,
que sin vernos nos darán
de sus intentos noticia.

Vivero Si ansí doran su malicia
cualquiera vileza harán.

(Retíranse los dos y salen de camino don Pedro y don Rodrigo.)

Pedro Compadecime en los ojos
y holgueme en el corazón.

Rodrigo Más rigurosa prisión
merecían los enojos
que estos Pizarros han dado
a nuestros deudos y amigos
en el Pirú.

Pedro Los castigos
que en el pobre adelantado
hizo este hombre no se pagan
con solo tenerle preso.

Rodrigo Sustanciarase el proceso,
que porque se satisfagan
los muchos que allá ofendió,
sabrá Filipo el prudente
vengar a Almagro inocente.

Pedro Bueno es que quien despojó
aquel reino de riquezas
y le llenó de crueldades,
alegue agora lealtades
y afirme fueron finezas
dignas de premio y favor
haber dado aleve muerte
al varón más claro y fuerte
que tuvo el emperador.

Rodrigo Con las alas de su hermano,
¿a qué no se atreverá?

Pedro Murió Carlos quinto ya,
con los Pizarros humano.
Rey tenemos que severo
volverá por la inocencia.

Vivero ¿Esto sufre mi paciencia?

Isabel Don Gonzalo de Vivero,
reportaos, ¿adónde vais?

Vivero A poner, si puedo, seso
a estos locos.

Isabel Ved que de eso
se seguirá…

Vivero No temáis. (Llégase a ellos.)
Grandes amigos serán
vuesas mercedes sin duda
del preso, pues no los muda
su peligro cuando están
algunos más obligados
a compadecerse dél,
que en el olvido cruel
y ingratitud sepultados,
huyendo las tempestades,
las bonanzas lisonjean.

Pedro Los bien nacidos desean
desempeñar amistades
en los peligros lucidas
si en los gustos granjeadas.

Rodrigo Correspondencias pasadas
y agora reconocidas
nos traen de Madrid a ver
a don Fernando.

Vivero Es fineza
digna de tanta nobleza,
y a mí me llega a caber
parte de la obligación
en que a don Fernando ha puesto
su proceder, y en fe desto
si se ofreciere ocasión
en que se sirvan de mí,
no será favor pequeño
acudir al desempeño

de un amigo que adquirí
a costa de mi lealtad
sin perder jamás su lado.
Dos años fui su soldado
pasando la inmensidad
del mar del Sur y del Norte,
y en el Pirú fui testigo
de hazañas que, si las digo,
a envidiosos de la corte
podrán causar confusión
y desbaratar procesos.
Mas ya sabrán sus sucesos
vuesas mercedes.

Pedro No son
para ignorarse estas cosas.

Vivero ¿Saben que el marqués su hermano,
aquel Hércules indiano,
en las conquistas gloriosas
que han rendido al Occidente,
fue de los hombres milagro?
¿Y que don Diego de Almagro
puso en ellas solamente
la industria y la granjería
de una parte del dinero
que como su compañero
entre otros dos le cabía?
¿Y que mientras arriesgaba
don Francisco fama y vida,
en tantos trances perdida,
en Panamá descansaba
don Diego? ¿Y que es bien se entienda
por quien fe a sus hechos da
la diferencia que va
de las vidas a la hacienda?
Pues sume el que fuere fiel
si, cuando ajuste partidas,
sacó el marqués más heridas
que maravedises él;
y si cuando Almagro entró
en el Pirú, ya sin guerra,

preso el Inga, en paz la tierra,
del tesoro se llevó
la mitad, y en tal empresa
como absoluto señor
con el ajeno sudor
se halló el manjar en la mesa.

Rodrigo Todo eso es indubitable.

Vivero Cuando don Fernando vino
a España de su camino,
¿qué premio considerable
medró sino el adquirirle
título de adelantado
de Chile, con que elevado
quiso después destruirle?
¿Don Fernando no tenía
en el Cuzco justa acción
a aquella gobernación?
¿Don Francisco no le había
nombrado en ella? ¿No saben
que con su valor y acero
la defendió un año entero
(para que envidias le alaben)
de cuatrocientos mil hombres?
¿No saben que codicioso,
desleal, ciego, ambicioso
y digno de infames nombres,
se concertó con el Inga
contra su patria, su ley,
su amistad, nación y rey,
para que no se distinga
de un conde don Julián,
de un Vellido, un Galalón?
¿Y que prendiendo a traición,
mientras que treguas se dan,
a don Fernando, le quiso
dar garrote? ¿Y que después
que vio en el Cuzco al marqués
puso el pleito en compromiso
de jueces doctos y santos
pasando por la sentencia,
y que si él en la apariencia,

después de debates tantos,
confesó que no tenía
al Cuzco acción ni derecho,
y quedando satisfecho
partiendo la Hostia un día
que el marqués y él comulgaron
juró Almagro: «Este Señor,
por perjuro y por traidor,
como los que le negaron,
me condene si intentare
contravenir al sosiego
destas paces»? Si don Diego,
aunque la pasión le ampare,
contra tanto juramento
convocó campo después,
y vuelto a Lima el marqués
con bárbaro atrevimiento
quebró las leyes divinas
y a don Fernando siguió
y la batalla perdió
que llaman de las Salinas,
quedando confuso y preso,
¿no mereció su malicia
que sin pasión la justicia
le fulminase proceso
y como traidor muriese?

Pedro ¿Pues quién dice lo contrario?

Vivero El ingrato, el temerario,
el desleal.

Pedro ¿Quién es ese?

Vivero El que agora fiscaliza
en la corte sus acciones
y por dorar sus pasiones
testimonios autoriza
con que su muerte procura;
el que para consolarle
a la Mota a visitarle
viene y después le murmura.
Pero si ignoran quién es
el que así su opinión mengua,
esta espada será lengua

(si no se me van por pies)
que con honrosos alardes
para poder convencellos
les mostrará que son ellos
los ingratos, los cobardes,
los viles, los para poco… (Echa mano.)
¡Saquen el intacto acero!

Isabel ¡Oh valeroso Vivero!

(Éntrase doña Isabel y mete Vivero a los otros a cuchilladas.)

Rodrigo ¡Huye, don Pedro, este loco!

(Salen don Fernando, preso, y doña Francisca.)

Francisca Dicen, Fernando, que Amor
en fe de ser tan guerrero
usó las flechas primero
que otro ningún vencedor.
Estaba yo en este error
y viéndoos tan gran soldado
animaba mi cuidado,
porque juzgaba imprudente
que al paso que sois valiente
érades enamorado.
Crédula, pues, mi esperanza,
dos años merecí ser,
vos ausente y yo mujer,
de la firmeza alabanza.
Fundose mi confianza
en una equivocación
que os escuchó mi afición
estando ya de partida,
necia por mal entendida,
que amor todo es presunción.
Volvistes con más laureles
que al mar burlastes espumas,
que a escribir se atreven plumas,
que en lienzos osan pinceles.
Persecuciones crueles
de envidiosos conjurados,

cobardes y apasionados,
preso os tienen. Querrá Dios
que la verdad triunfe en vos
contra mal intencionados.
Pero si entre las prisiones
suele amor causar alivio,
¿cómo, Fernando, tan tibio
dilatáis obligaciones?
Decir que persecuciones
hielan vuestro incendio amante
será disculpa ignorante,
pues sois vos tan dueño dellas
que aún no alcanza a conocellas
la vista en vuestro semblante;
mas porque me satisfaga
diréis que en moneda igual
quien cobra sus deudas mal
peor las que debe paga.
¿Querréis que una cuenta se haga
en vos y en mí, y que perdidos
extremos, no agradecidos,
a costa de disfavores,
si os paga el rey en rigores
me paguéis vos en olvidos?

Fernando Nunca en tan viles libranzas
satisfizo la nobleza,
ni es bien que de tal bajeza
me arguyan desconfianzas;
pero empeños de esperanzas,
¿cuándo hacen ejecución
en el gusto y la afición
si falta, Francisca, el gusto?
Aunque el pagarlas sea justo,
libranzas falidas son.
Preso yo y en contingencia
mi fama por tribunales
donde envidias son fiscales
y la pasión quien sentencia,
¿qué mucho que no dé audiencia
entre pleitos y cuidados
a afectos enamorados,
si amor en tales empleos

pide ociosos los deseos
y huye los embarazados?
Querrá el cielo que comience
mi inocencia a hacer alarde
de mi lealtad, que aunque tarde,
la verdad mentiras vence.
Esperad que se avergüence
el engaño en mi favor,
que para entonces amor
con seguro desempeño
os hará de una alma dueño
digna de vuestro valor.
Yo sé, si el cielo me libra,
que no tendréis de mí queja.

(Sale don Alonso Mercado.)

Mercado Cobardes son las desgracias.
No es posible que se atrevan
a acometer una a una.
Juntas como alarbes llegan
y eslabonando infortunios
tarde acaban cuando empiezan.
Colegid de mi semblante,
Fernando amigo, las nuevas
que es forzoso que os intime,
aunque se excuse la lengua.
¡Ojalá nunca esta casa
vuestro valor conociera!
Casa que esta medra tuvo
nunca de vuestra promesa
se hubiera cumplido el plazo,
pues cuando os juzgaba en ella
hermano, deudo y señor,
me obligó la suerte adversa,
el rey, mi corta fortuna,
a que vuestro alcaide fuera;
y al cabo de tantos años
preso en esta fortaleza,
quiere ahora… ¡Ah suerte ingrata!

Fernando ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué ordena?
¿Mándaos, don Alonso amigo,
que me corten la cabeza?

¿Salió la envidia triunfante?
¿Logró ya la pasión ciega
con mentiras disfrazadas
maliciosas diligencias?
No os congojéis; declaraos,
que cuando ese premio tengan
mis lealtades y servicios,
las historias están llenas
de ejemplos que puedan darme,
si no consuelos, paciencias.
Cipiones tuvo Roma,
Belisarios lloró Grecia
y un Gran Capitán España
con quien compararme pueda.
Todos murieron a manos
del disfavor y aspereza,
y el ser único en desgracias
es la más civil miseria.

Mercado Propias de vuestro valor
son prevenciones tan cuerdas,
porque el vencerse a sí mismo
es divina fortaleza.
En fe, pues, de lo que alabo
en vos, sabed que ya trueca
caducas felicidades
por posesiones eternas
el gran marqués don Francisco.
La ambición y la soberbia
de un mestizo, de un bastardo
que a su padre Almagro hereda
las locuras y la envidia,
de otros traidores cabeza,
le ha dado, sobre seguro,
en Lima muerte violenta;
y como en los desatinos
los insultos se encadenan,
contra su rey y lealtad
amotinando la tierra
tiranizaba aquel orbe,
hasta que los parches templa
el héroe Vaca de Castro,
para que en él resplandezcan

a un tiempo Marte y Apolo
en las armas y las letras,
pues venciéndole con unas,
con las otras le sentencia
sobre un funesto cadahalso
a muerte, que así escarmienta
el cielo temeridades
que la juventud despeñan.

Fernando Llore tal pérdida España,
que mi hermano no cumpliera
con su valor a morir
de otra suerte; su tragedia
eternizará su nombre.
Amaneció en él apenas
el uso de la razón
cuando siguió las banderas
del Católico Fernando,
y en Nápoles dando muestras
de la luz de sus hazañas
fama añadió a su nobleza.
Contra el rebelde alemán
sirvió al siempre invicto césar
oprimiendo vitorioso
desatinos y blasfemias.
Pasó después a las Indias
donde sacó verdaderas
las fábulas que de Alcides
hipérboles griegos cuentan,
pues si a los doce trabajos
que ensalzan tanto poetas
Hércules quedó divino,
para que los obscurezca
mi hermano, en aquellos orbes
no doce, infinitos prueba
que el crédito harán dudoso
cuando historias los refieran.
Con solos trece soldados,
imitación verdadera
de Cristo y sus doce alumnos,
rindió a su rey, a la Iglesia,
la infinidad de gentiles
que por naciones diversas

oprimidos del engaño
habitan más de mil leguas.
Rebeldes venció en Italia,
rindió luteranos belgas,
idólatras en las Indias
por él nuestra ley confiesan.
Faltaba oponerse agora
a la traidora insolencia
del padre y del hijo Almagros.
Matáronle en la defensa
de su rey sus asechanzas,
porque faltando en la tierra
nuevos mundos que conquiste,
juzgó su vida superflua
el cielo entre los mortales.
Por esa ocasión le lleva
a los triunfos que le aguardan
pisando glorioso estrellas.
Su muerte la fama envidie,
porque es de algún modo afrenta
que quien vivió entre las armas,
viejo ya, en la cama muera.

Mercado Decís bien, si a su lealtad
agora no se opusieran
para eclipsar sus blasones
descaminadas tinieblas.
Gonzalo Pizarro dicen
que aquellos reinos altera
y que saliendo en campaña
mató a Blasco Núñez Vela,
primer virrey del Pirú.
Duda el rey inteligencias
que tendréis como su hermano,
y aunque de la lealtad vuestra
consta a todos, y despacha
a aquellas partes su alteza
al De la Gasca, varón
de admirable industria…

Fernando Ya con esas cosas cesa,
que me lastiman el alma,
que el corazón me atraviesan,

me despedazan la vida
los rigores de tu lengua.
¿Contra su rey don Gonzalo?
¿Mi sangre aleve en sus venas?
¡No es posible que sea mía,
mintió la naturaleza!
¿Pizarro y traidor? Alcaide,
más fácil será que crea
que el sol retrocede líneas,
que el cielo desclava estrellas,
que el mar permite pisarse,
que su inmensidad se seca,
que sus profundos se habitan,
que son flores sus arenas.

Mercado Esto publica la fama,
si bien hay quien por él vuelva
y al virrey eche la culpa,
cuya condición severa
en las Indias ha imitado
no sé qué ordenanzas nuevas
que en general perjuicio
mandó ejecutar el césar.
Nombrole el reino del Cuzco
procurador en defensa
de cuantos conquistadores
temen quedar sin la hacienda
que adquirieron sus hazañas
si estas leyes de que apelan
en su agravio se ejecutan
y su valor no se premia.
Suplicábale en su nombre
don Gonzalo, que a su alteza
representase los daños
que temen se sigan dellas,
y que hasta la sobrecarta
suspendiese con prudencia,
protector, amparo y padre,
resolución tan molesta.
Alterose Blasco Núñez
y añadiendo fuerza a fuerza
contra don Gonzalo se arma
y por traidor le condena.

Él entonces, en virtud
de una cédula que alega
de Carlos quinto en que le hace
merced que al marqués suceda
en todo el gobierno indiano,
al virrey se la presenta
intimándole que en tanto
que en la corte se resuelva
cuál gobierne de los dos,
su jurisdición suspenda
y deje el dominio libre
de aquel imperio a la Audiencia.
Quiso prender los oidores
Blasco Núñez, y ellos templan
los ánimos alterados
de la plebe y la nobleza,
y viendo que es imposible
si al virrey gobernar dejan
que el rigor de sus pasiones
aquellos orbes no pierda,
a una nave le retiran
porque en España dé cuenta
al Consejo de los cargos
que ofendidos le procesan.
A don Gonzalo tras esto
la Audiencia el gobierno entrega
hasta que lo que el rey mande
sobre este punto se sepa;
pero el virrey, obligando
a los que preso le llevan,
en Trujillo desembarca,
forma ejército y presenta
la batalla a don Gonzalo,
que junto a Quito en defensa
de su gobierno y su vida
al virrey despojó della.
Si esto es ansí no es tan grave
su delito.

Fernando La nobleza,
amigo Alfonso, a la sombra
de su príncipe venera,
a sus ministros se humilla,

al nombre de su rey tiembla,
a sus órdenes adora.
Tenga disculpa o no tenga,
mi hermano el marqués que en todo
mereció alabanza eterna,
siempre que en las fundiciones
del oro la Real Hacienda
de sus quintos acendraba,
si por descuido en la tierra
algún grano se caía,
con los labios, con la lengua,
del suelo le levantaba
diciendo: «Desta manera
se han de venerar migajas
que pertenecen al césar».
¿Contra el virrey don Gonzalo?
¿Contra las reales banderas?
¿Contra su nombre y milicia?
¡Ah cielo, ah fortuna, ah estrellas!
Permítame el rey venganzas,
deme a castigos licencia,
harele pleito homenaje
de dar a esta cárcel vuelta
dentro un año, que yo solo
ocasionaré materias
al espanto, a las crueldades,
a la fama, a la experiencia,
de que si un Pizarro ha habido
(uno solo entre la inmensa
propagación de mi sangre)
que a su príncipe se atreva,
hay otro que derramando
la que envilecen sus venas
miembros bastardos castiga,
manchas limpia, infamias venga.
¿Agora yo detenido?
¿Preso yo agora? ¡Ah, quién viera
a aquel bárbaro!

Mercado Fernando,
¿qué es de la cordura vuestra?

Fernando ¿Sin honra buscáis cordura?
¿Sin fama queréis prudencia?
¿Sin crédito habrá templanza?
¿Sin opinión hay paciencia?
Acrecentara desdichas
la fortuna siempre adversa,
añadiera el rey prisiones,
quitárame la cabeza
y no el honor don Gonzalo,
que la verdad y inocencia
en el leal no da fruto
si primero no se entierra.
Mas ya, Alfonso, ¿con qué alivio
morirá quien tal bajeza
de su sangre participa?
No, cielos, ninguno crea
que de ese desatinado
los espíritus alienta
pizarra sangre; es mentira,
engañó la incontinencia
de quien le parió a mi padre,
pues da causa a la sospecha
la que con uno es liviana
que con otros no es honesta.

Mercado Ahora, amigo, aprovechaos
de vuestra templanza cuerda
en la presente desdicha
y advertid que el rey me ordena
que os apriete las prisiones
y que a ninguno consienta
que os escriba ni os visite.
Como la fe se atraviesa
que debe al rey mi confianza,
ya juzgaréis si me pesa
el haber de hacer alarde
la lealtad de mi obediencia.
Prevenid vuestro valor
porque según lo que aprietan
émulos, temo que está
vuestra vida en contingencia.

(Vase y queda solo don Fernando.)

Fernando Estuviéralo la vida
y no la reputación.
¡Ah cielos! ¡Qué de pensión
paga la fama oprimida!
Felicidad conocida
gozara el hombre si fuera
como el ángel y pudiera
de los otros distinguirse
en especie y atribuirse
a sí solo el mal que hiciera.
En aquel segundo instante
que el ángel de su albedrío
usó, cuando el desvarío
derribó al querub gigante,
su castigo el arrogante
y su premio el obediente
se granjeó solamente,
sin tocar en otro alguno,
porque, en fin, era cada uno
de los otros diferente.
¿Pues por qué el rigor humano
querrá con desdoro igual
que participe el leal
los insultos de su hermano?
¿Gonzalo, cielos, tirano?
¿Y que eclipse su vileza
tanto servicio y nobleza,
tanta lealtad española?
Mas sí, que una mancha sola
destruye toda una pieza.

(Sale doña Isabel.)

Isabel A despedirme de vos
me traen forzosos extremos,
pues dicen que nos veremos
esta sola vez los dos.
No quiere, Fernando, Dios
dar a mi amor más reparos,
ni me vende menos caros
los gozos del mereceros,
pues instantes de poseeros
compro a siglos de lloraros.

No sin ocasión temía
al cabo de tantos años
la ejecución destos daños,
Fernando, la suerte mía.
Lo mismo que apetecía
os rehusaba tantas veces;
no desprecios ni altiveces,
sino el cuerdo recelar
que en mí se habían de juntar
los tálamos y viudeces.
Un año ha que os admití
al nombre de esposo y dueño,
pero muchos que el empeño
destas desgracias temí.
Adivinaba, ¡ay de mí!,
la cortedad de mi suerte
el daño que agora advierte,
y que era lance forzoso
el llamaros vos mi esposo
y el llorar yo vuestra muerte.
No anunciaban mejor fruto,
a advertirlo mi razón,
desposorios en prisión
que solenidad de luto.
Un año ha que os da tributo
la fe que medré en quereros,
porque en mis hados severos
los infortunios y males
son los bienes gananciales
que en dote pude ofreceros.

Fernando Dos muertes me dio el rigor
con solo un golpe cruel:
vos en el alma, Isabel,
y mi hermano en el honor.
Vos mi esposa, él agresor
contra la fe que he heredado.
Sin la fama el desdichado
que afrentas cual yo recibe,
de balde en el mundo vive,
mejor parece enterrado.
Un año guardó el secreto
gozos que sin merecer

mi amor llegó a poseer
y a ocultar vuestro respeto.
Si consiguieran su efeto
dichas, que ya adversidades
aumentan riguridades,
esperábamos los dos,
libre yo y mi esposa vos,
festejar solenidades.
Uno y otro lo ha negado
mi estrella en todo fatal,
que a ser yo menos leal
no fuera tan desdichado.
Todo el aprieto pasado
con vos, dulce esposa mía,
tan gozoso me tenía
que en mi prisión el juzgar
que se había de acabar
me daba melancolía.
Desleal el mundo llama
a mi sangre, y fuera error
tener vos, mi bien, amor
a quien ya no tiene fama.
Pega su vicio la rama
a cuanto se le avecina,
sola una piedra arruina
el templo más soberano.
¿Qué mucho, pues, si mi hermano
mi crédito descamina?
Máteme el rey, que un consuelo
llevaré en rigor tan grave,
y es el ver que solo sabe
nuestros amores el cielo.
Viviréis vos sin recelo
de perder vuestra opinión
y yo daré a la pasión
piedades, porque la muerte
dicen que tal vez convierte
la venganza en compasión.

Isabel Yo sé de mi pena fiera
que antes que llegue esa hora
os prevendré precursora
el sepulcro que os espera.

Seré en morir la primera
y en vuestra patria querida,
adonde estoy de partida,
nos enlazará una suerte:
los cuerpos allí la muerte,
las almas allá la vida.
Reliquias de vuestro amor
aposentan mis entrañas,
traslado de las hazañas
que en vos mal logra el rigor.
Ojalá suerte mejor
que a vos el cielo la ofrezca
y en él vuestra fama crezca,
porque a pesar de desdichas,
en el valor, no en las dichas,
a su padre se parezca.
¿Pero por qué aumenta enojos
mi pena en vuestros agravios?
Enmudezca el dolor labios
y hablen mis ansias los ojos.
Los brazos, para despojos
últimos, llegad a darme.

Fernando ¡Ay mi Isabel! Si al dejarme
solo en tan triste partida
con vos os lleváis mi vida,
no tiene el rey qué quitarme.
¿Pero acabará consigo
que os ausentéis vuestro hermano?

Isabel Ya a mis ruegos está llano
en fe de ser vuestro amigo.
Una novena le digo
que a Guadalupe ofrecí
por vos, y estando de allí
Trujillo cerca, un convento
podrá honestar el tormento
que es fuerza acabarme aquí.
Si en tan rigurosa empresa
preso el rey manda mataros,
¿qué más dicha que imitaros
muriendo, como vos, presa?

Fernando ¿Tanto rigor, tanta priesa
al dividirnos los dos?
Isabel El alma queda con vos,
partir sin ella es forzoso.
Fernando ¡Ay luz mía!
Isabel ¡Ay caro esposo!
Fernando ¡Adiós, mi bien!
Isabel ¡Dueño, adiós! (Vanse.)

(Salen doña Francisca y Castillo.)

Francisca En fin, ¿va a Guadalupe
doña Isabel mi hermana?
Castillo Ahora supe
que en devotas novenas
de don Fernando intenta aliviar pe-
nas.
Francisca Piadoso es su camino
y el medio soberano.
Mas mientras el favor busca divino,
pretendo yo, Castillo, que el humano
de la industria se valga
porque tu dueño deste trance salga.
Castillo Las llaves que en la cera
imprimiste cohecharon
de suerte la codicia cerrajera
que cuando se ensayaron
adúlteras hicieron
las cerraduras que lugar les dieron.
Pero es tal la entereza
del preso que tu amor (todo fineza)
ver libre solicita,
que dudo que permita
lograr esta agudeza,
porque dirá que si huye verifica
lo que la envidia falsa dél publica.
Yo a lo menos, señora, no me atrevo
a aconsejarle que su muerte excuse,
pues si las llaves que me das le
llevo
y sabe que a este engaño te dispuse,

mientras que a tus consejos le aper-
cibo
dudo que de sus manos salga vivo.

Francisca No creas que la vida,
del hombre sobre todo apetecida,
cuando en tal riesgo está tenga en
tan poco
que Fernando esta vez sola sea loco.
No es deslealtad huir persecuciones
de mentiras, engaños y traiciones,
pues vivo tu señor y estando ausente
podrá desengañar al rey (que agora,
como empieza a reinar, aunque pru-
dente,
lo mucho que a Fernando debe igno-
ra),
que el tiempo contra engaños y mali-
cias
es padre de verdades y noticias,
y si la vida cara agora pierde,
de los muertos después no hay quien
se acuerde.
Mas ven, que ya procura
mi amor, Castillo, traza más segura
con que excusarte quiero
del ímpetu primero
de su enojo.

Castillo Celebre en tu hermosura,
igual a tu cordura,
España tu valor para que imites
del orbe maravilla
cuando a tu amante las prisiones
quites,
a la que al primer conde de Castilla
sacó libre de riesgo semejante,
fiel a su esposo, como tú a tu aman-
te. (Vanse.)

(Sale don Fernando.)

Fernando Tarde, cielos, a ver llego
que ha fundado la virtud
en las honras la inquietud,

en el trabajo el sosiego.
Ya con vista, si antes ciego,
puesto que el tiempo perdí,
conoceré desde aquí
que quien vanidades deja,
cuanto más dellas se aleja
más se va acercando a sí;
nunca el alma tan cautiva
como cuando, toda sueño,
de otros se imagina dueño
pues de sí propia se priva;
nunca menos discursiva
que cuando en más dignidad,
porque la prosperidad
es madre de la torpeza,
como de la sutileza
la ingeniosa adversidad.
Esta prisión es mi escuela,
aquí enseña el escarmiento
materias al sufrimiento
que el necio estudiar recela;
aquí el peligro consuela,
la injuria enfrena sus labios,
vence la paciencia agravios
y atropella sinrazones
que solas persecuciones
sacan dicípulos sabios.
¡Venturoso aquel que sabe
convertir lo malo en bueno
y transformar el veneno
en antídoto suave!

(Arrójale doña Francisca desde arriba un papel y una llave de loba.)

Francisca En ese papel y llave,
Fernando, hallarán salida
tu reputación y vida.
Si es que estimas estas dos,
sé cuerdo.

Fernando ¡Válgame Dios!
¿Honra hasta aquí combatida?
¿Llave y papel? (Cógelo.) Dos asal-

tos
son del honor más crueles.
¿Cuándo no dieron papeles
a la opinión sobresaltos?
¿Qué importan los muros altos
si un poco de hierro sabe
abrir la cerca más grave
que la traición falseó?
¿Ni qué puedo esperar yo
de un papel y de una llave?
Doña Francisca pretende,
en fe de lo mucho que ama,
que huyendo eclipse su fama,
pues su amor lealtades vende.
Ignorante el que la enciende
de que es mi esposa Isabel,
la llave me ofrece infiel
que a mi fuga dé lugar,
mas ni ella me le ha de dar
ni aconsejarme el papel. (Rásgale y arrójale.)
Lea en pedazos el viento
sospechosas persuasiones,
que quien escucha razones
ya las da consentimiento.
No parezca el instrumento
desta traición, pues le arrojo.

(Arroja la llave al vestuario.)

Satisfaga el rey su enojo
y sepa que por no dar
a las malicias lugar
morir inocente escojo.
¿Qué más la envidia quisiera
sino que huyendo rigores
acreditara a traidores
y verdad su engaño hiciera?
Muriendo mi fama espera
lo que vivo dificulta;
si mi inocencia está oculta
resucite mi lealtad,

que aunque entierren la verdad
la virtud no se sepulta.

(Tocan dentro chirimías y tiran cohetes.)

Mercado No quede en la fortaleza
almena que no se vista
de luces que innumerables
con las del cielo compitan,
artificiales cometas
que inquietando regocijan.
Tinieblas obscuras borden
de impresiones peregrinas;
músicas al vulgo alegren,
que puesto que tanta dicha
agüen pesares caseros,
lo más a lo menos priva.

Fernando ¡Válgame el cielo! ¿Qué nuevas
son las que al alcaide obligan
a tales demonstraciones?
¿De qué será esta alegría?
Siente, como amigo caro,
que envidiosos me persigan,
teme que el rey me dé muerte,
mi inocencia patrocina.
¿Y en medio destos desaires
ostentaciones festivas
truecan recelos en gozos
y contentos soleniza?
No sin causa los celebra.

Mercado (Dentro.) Los contentos desta vida,
para que no den la muerte,
con el pesar se limitan.
Celebraremos mañana
las obsequias compasivas
de la mal lograda prenda
que la fortuna nos quita.
Córtense lutos groseros
que muestren en mi familia
con demostración llorosa
mi justa melancolía.
Vayan por mí a convidar

la nobleza de Medina,
porque mañana en las honras
deudos y amigos asistan.
Prevénganse para entonces
órdenes y cofradías,
cubran el templo bayetas,
cera y pobres se aperciban,
el túmulo se levante,
no quede en toda la villa
campana que no se doble.

Fernando ¡Válgame Dios! ¡Qué distintas
diligencias entretejen
acciones que atemorizan!
¿Fiestas a un tiempo y clamores?
¿Luto y galas? ¿Llanto y risa?
¿Si acaso ha dado la reina
algún infante a Castilla,
de Carlos príncipe hermano,
que asegure con su vista
la sucesión destos reinos?
¿Si las flamencas provincias
a Felipo rebeladas
le reconocen vencidas?
¡Oh, quiera Dios que algo desto
suceda, aunque pronostican
las tristezas que previenen
trágico fin a mi vida!
Lutos, obsequias, campanas,
una prenda que lastima
a mi amigo don Alonso
con muestras tan compasivas,
¿quién duda de que se ordenan
por mí y que el rey determina
que esta noche me den muerte
y se vengue la malicia?
«Celebraremos mañana
las obsequias merecidas
(dijo mi amigo el alcaide)
al bien que el cielo nos quita».
De su amistad me prometo
las finezas que le obligan
a lo que en estas razones

su pesar me sinifica.
Si es ansí esta noche muero.
Quien con el papel me avisa
y con la llave me alienta
bien mis riesgos adivina.
Pude y no quise librarme,
permanezca mi honra limpia,
que el morir, tarde o temprano,
es en todos común dita.
¡Ojalá salgamos ya
de las manos de la envidia
y libre de aduladores
vuelva a nacer mi justicia!
¡Ella ampare mi inocencia,
que siempre de las cenizas
de leales mal premiados
las verdades resucitan!

(Salen de luto don Alonso Mercado, doña Francisca, don Gonzalo Vivero y Castillo.)

Mercado Amigo, dispuso el cielo
con providencia divina,
como las fábulas cuentan
(que en efeto moralizan
los sucesos de los hombres),
que imitase nuestra vida
a una tela que las Parcas
de varios colores hilan.
Si todo fuera dichoso,
como siempre desatinan
al hombre felicidades
y al soberbio precipitan,
¿quién con él se averiguara?
Si todas fueran desdichas,
más valiera nacer bruto,
peñasco o planta sin vida.
Tejió de lanas opuestas
nuestra duración falida
el influjo de los cielos
que en lo mortal predominan.
Ya los males, ya los bienes

mezclan diferentes listas,
mas como aquellos son tantos,
poco estotros se divisan.
Fernando, empezar intento
a contar vuestras desdichas
guardándoos para la postre
nuevas que os den alegría.
Murió Gonzalo Pizarro
con lástima de las Indias
a las manos del rigor
que ciego tal vez castiga
lo que amigos le engolfaron
en acciones que peligran
cuando a los jueces se oponen
que el nombre real apellidan,
dejándole al mejor tiempo,
imitaron las hormigas,
que huyendo las tempestades
la prosperidad esquilman.
Degollole la entereza,
que atada a la ley no mira
que el sumo celo en los cargos
se llama suma injusticia.
No pocos son en su abono
que disculpándole afirman
la lealtad con que a sus plantas
el cetro ofrecido pisa.
Gobernador de aquel reino
era por cédula y firma
del césar y de la Audiencia
que vino entonces a Lima.
Si es ansí, ¿qué deslealtades
los envidiosos le intiman
cuando en nombre de su rey
defiende lo que conquista?
En efeto, en opiniones
la suya está dividida:
si sus émulos le cargan,
los benévolos le libran.
No ha dejado decendencia
y así esta mancha no eclipsa
la sangre que dél nos toca.

¡Fenezca en él su mancilla!
Murió, ¡ay cielos!, mi Isabel
de congojas oprimida
que vuestros riesgos causaron,
porque el amor homicida
cuando aquilata finezas
a Roma las Porcias quita
para que celebre España
como Caria otra Artemisia.
Encerrose en un convento
de Trujillo en que cautiva
por su propia voluntad
dio renombre a sus cenizas.
Esposa vuestra se nombra;
yo os la ofrecí, aunque creía
que para tiempos más claros
el valor que os acredita
los tálamos reservara,
mas como amor todo es prisa
no me espanto que en prisiones
congojas su fuego alivia.
La herencia que me ha dejado
es un ángel en una hija,
perla del nácar honesto
que mi casa ha de hacer rica.
Criarela como vuestra,
pues la carta en que me avisa
que en secreto os desposó
su calidad legitima.
Yo espero en Dios que por ella
con estrella más propicia
goce España decendencias
que ilustren muchas familias.
Todo esto hasta aquí, Fernando,
es pesar, son compasivas
nuevas que el alma os congojen,
penas que el pecho os aflijan.
Pero ya en las tempestades
que os persiguieron prolijas
el Santelmo se aparece
que bonanzas certifica.
Filipo, prudente, santo,

a pesar de las malicias
de vuestros perseguidores,
cuando más os fiscalizan,
conoce vuestras lealtades,
lo que os debe en las conquistas
prodigiosas que a sus plantas
le postra coronas Ingas.
La fidelidad, prudencia
y valor que os eterniza
tanto que contra los tiempos
aras la fama os fabrica,
libertad noble os concede.
La hacienda que detenida
por su fisco y sus embargos
creyó el engaño oprimirla,
que os restituyan ordena,
y la Fortuna, corrida,
confiesa que a vuestras plantas
es bien que su rueda os rinda.
A esta causa son las fiestas
que estas comarcas convidan,
si bien funestos mal logros
que de mi hermana nos privan
mezclan con gozos los llantos,
demostraciones festivas
con lutos que lastimosos
compasiones solicitan.
Débeos alardes alegres
mi amistad, ya convertida
en nobles afinidades.
Debo a mi Isabel querida
el sentimiento presente;
llorad pérdida tan digna
de lástimas amorosas
y alégreos la conseguida
libertad; saldrán a un tiempo
lágrimas, Fernando, ambiguas
que afirmando lo que niegan
derramen pesar y risa.

Fernando Tan costosa libertad,
Alfonso, no es conseguirla,
es perderla. ¡Ojalá el cielo

trocara suertes y, viva
mi cara esposa, acabaran
con mi muerte apetecida!
Desgracias que ahora empiezan
más fieras y ejecutivas
sin mi Isabel, sin mi esposa,
¿de qué valor, de qué estima
será el vivir?

Mercado Don Fernando,
ya Isabel en las delicias,
estrellas pisando entre ellas,
riesgos caducos olvida.
Su virtud nos lo promete
y vuestro amor os obliga
a celebrar las mejoras
que goza en más quietas Indias.
El De la Gasca ha enviado
a España a vuestra sobrina,
del marqués hermano vuestro
única heredera y hija.
Su retrato hasta en el nombre,
pues llamándose Francisca
mezcla para nuevas famas
los Pizarros con los Ingas.
El rey casarla pretende
con un grande de Castilla,
y para hacerlo en su corte
la aguarda desde Sevilla.
Licencia trae para veros
y hoy he tenido noticia
que en fe de lo que os desea
mañana entrará en Medina.
Amigo, pues que los hados
quieren que en una hora misma
lloréis bodas y viudeces
de vuestra Isabel querida,
juntad segunda vez sangre,
añudad quebradas líneas,
dad a vuestro hermano nietos
porque eterno en ellos viva.
Dispensaciones remedian
estorbos cuando encaminan

los cielos felicidades
que a tanto blasón aspiran.
Consolará su belleza
los pesares que os lastiman
con pérdidas restauradas
en vuestra hermosa sobrina.

Fernando Tal fineza de amistades
solo es de un Mercado digna,
que por mis dichas y medras
las suyas propias olvida.
Consultareme a mí mismo,
pero entre tanto que elija
lo que mejor pueda estarme,
sabed que a doña Francisca
(vuestra hermana y mi señora)
está la palabra mía
empeñada y que he de darla
prenda ilustre que la sirva.
Ya sabéis vos lo que debo
a la fe y amistad limpia
de don Gonzalo Vivero,
y que desde el primer día
que los dos la profesamos,
las almas juntas y unidas
a pesar de adversidades,
puesto que estas examinan
los amigos, le han mudado.
Su nobleza es conocida,
su valor sin semejante;
Vivero, porque yo viva
contento, su esposo sea,
que como esto se consiga,
imposible de pagaros
obligaciones antiguas,
añadís otras mayores.

Mercado Esa será nueva dicha
para mi honor y mi casa.

Vivero (A ella.) Vuestra mano me permita
honrar mis labios en ella.

Francisca Mi voluntad reducida
al imperio de mi hermano,
por dueño es bien que os reciba.

Mercado Vamos, pues, y celebremos
las obsequias en Medina
de aquel ángel mal logrado
que eternas luces habita,
y aprenda el prudente cuando
envidiosos le persigan
en don Fernando, pues vence
la lealtad siempre a la envidia.